

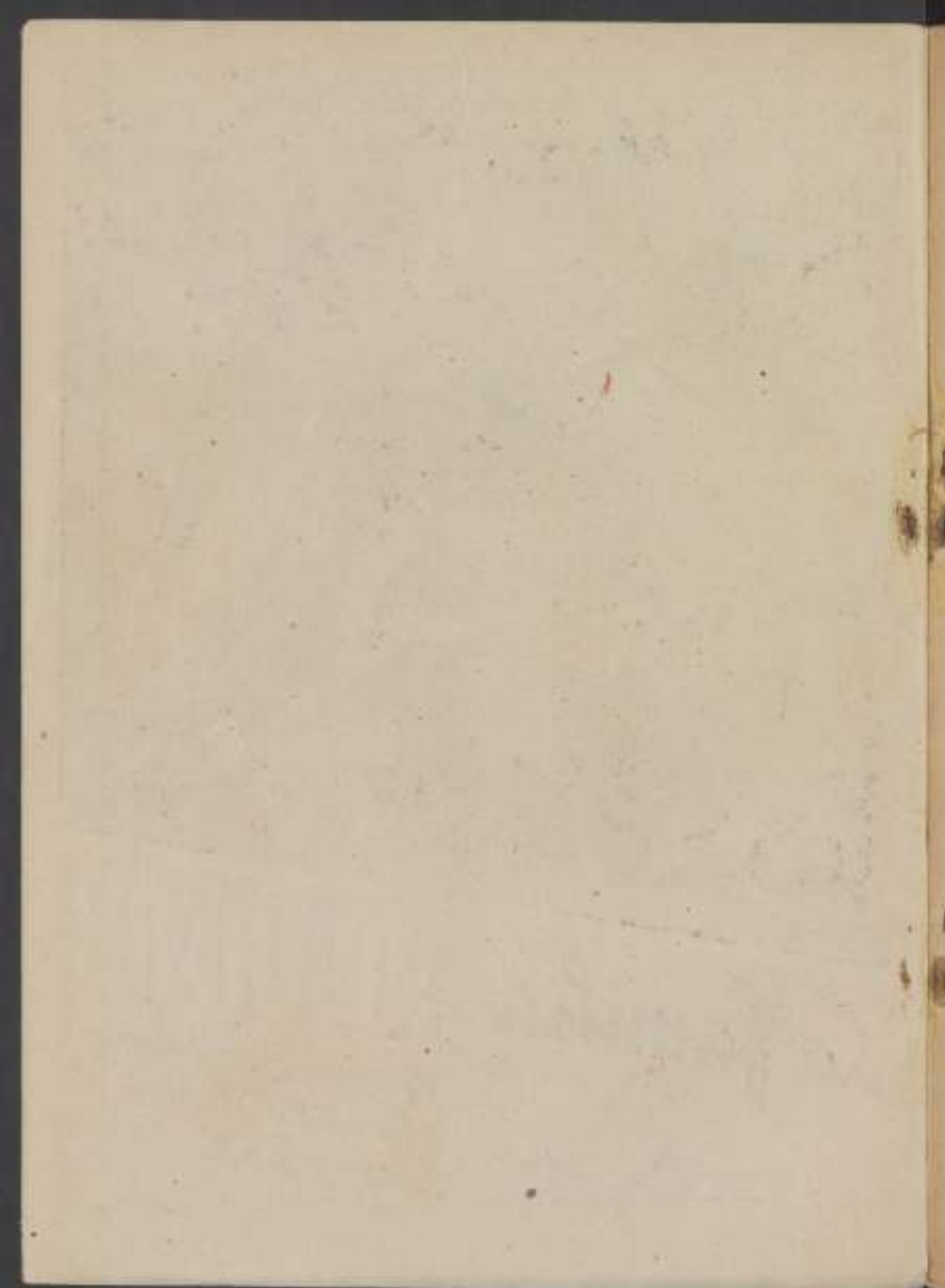
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
Serie Alfa



La familia ROBINSON

Freddie Bartholomew
Thomas Mitchell
Edna Best

Editorial ALFA







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 224 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70567 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbareda, 16, Barcelona-Termin, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA
NUM. 59

NUM. 216

LA FAMILIA ROBINSON

HISTORIA emocionante de un hombre que huye de la corrompida vida de sociedad a fin de templar a sus hijos en la lucha y hacerles verdaderos hombres, y arriba, tras un emocionante naufragio, a una isla deshabitada, donde, tras una formidable lucha contra la naturaleza, logra improvisar un mágico nuevo mundo a miles de kilómetros de la civilización.

Argumento basado en la novela *Swiss Family Robinson*, de *Johan David Wyss*.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
San Palmas
Palma de Mallorca
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Jack Robinson.</i>	Freddie Bartholomew
<i>William Robinson.</i>	Thomas Mitchell
<i>Elizabeth Robinson.</i>	Edna Best
<i>Fritz Robinson.</i>	Tim Holt
<i>Ernest Robinson.</i>	Terry Kilburn
<i>Francis Robinson.</i>	Bebé Bobby Quillan
<i>Thoren.</i>	Christian Rue
<i>Ramsay.</i>	John Wray
<i>Capitán.</i>	Herbert Rawlinson

Adaptación cinematográfica
de
Walter Ferris,
Gene Towne y
Graham Baker

Director:
Edward Ludwig

Narración literaria de
AGUSTÍN PIRACÈS

LA FAMILIA ROBINSON

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UN HOMBRE POCO VULGAR

HACIA años que Europa estaba en guerra contra el hombre más ambicioso que ha conocido la Historia. Habían fracasado varias coaliciones contra Napoleón Bonaparte, y a no ser por la heroica resistencia de España contra el invasor francés, quizá hubiese llegado un momento en que el Continente se hubiese visto desalentado en su lucha con el dominador corso.

Los políticos, los estadistas, los grandes hombres de negocios se habían dado cuenta de lo que significaba el imperialismo francés de Bonaparte. Por ello se sucedieron las alianzas para derrocarlo. Pero, si examinamos cuál era el espíritu que reinaba en algunos pueblos

cuando comenzó a aclipsarse la estrella del «Petit Caporal», veremos que la masa burguesa y la aristocracia no respondían al ambiente belicista indispensable para ganar la batalla.

Así, por ejemplo, en 1813, Londres era una ciudad muy inclinada a la vida fácil, que carecía de organización, y que discurría en medio de una existencia despreocupada, en la que sólo el dinero y las maneras elegantes daban alguna importancia a quien las tenía. La ciudad estaba repleta de casas de juego y salones de baile. Casi nadie se preocupaba del mañana, y, sin embargo, el mañana significa muchas cosas en la vida de un hombre. El mañana es la vejez que sólo se ali-

menta de recuerdos, y también para un hombre significa la creación de una familia.

Pero también había en 1813 gentes que suspiraban por un mundo mejor y más sano en que criar a sus hijos. Y uno de estos hombres era William Robinson, un suizo, que se hallaba establecido hacía tiempo en la capital británica, y se dedicaba a la fabricación de relojes.

Si William Robinson hubiese sido un hombre acomodaticio, seguramente se hubiese preocupado muy poco de cuanto ocurría a su alrededor. Después de muchos años de lucha había llegado a alcanzar todo cuanto podía ambicionar un hombre que, como él, había nacido de condición humilde. Tenía una mujer hermosa y buena, cuatro hijos que le adoraban, un negocio próspero y un capital, reunido a fuerza de sacrificios, que había sabido acrecentar muy bien a medida que pasaban los años.

Y sin embargo, William no era feliz.

Elizabeth, su esposa, le había dado cuatro hijos, todos varones: Fritz, a la sazón cadete en el servicio militar; Jack, muchacho muy presuntuoso, extremadamente dado a las buenas maneras y siempre de fiesta en fiesta mundana, a pesar de sus relativos pocos años; Ernest,

muy aficionado a los libros y en extremo estudioso, pero algo pedante, y Francis, que no había tenido tiempo todavía de adquirir ningún defecto... porque contaba dos años escasos de edad.

De toda la familia, el que menos estaba en la casa era William Robinson.

Cierto que tanto la esposa como los hijos le adoraban, porque era un buen hombre, con un corazón de oro y de excelentes sentimientos, pero todos vivían sin un sentido real de lo que es la existencia humana, a lo menos tal como Robinson, hombre muy puritano, la tenía concebida.

William le intoxicaba el ambiente de frivolidad en que vivía en aquella casa, y abrigaba serios temores de que si un día él faltaba, sus hijos carecerían de la menor preparación para hacer frente a los problemas que trae la vida, y más aún, cuando ésta hay que vivirla dentro de una postguerra.

Robinson odiaba cordialmente a Napoleón. Ansiaba y preveía su derrota, pero no se hacía ilusiones, tampoco, sobre el futuro. Abrigaba la convicción de que los primeros años de paz serían duros. Europa tendría mucho trabajo para restañar las heridas que le habían oca-

sionado los zarpazos del águila corsa.

¿Sabrían sus hijos desenvolverse entre los embates de la tempestad desencadenada por el ambicioso vencedor de Marengo?

William temía que no.

El amaba entrañablemente a sus hijos. El solo pensamiento de que sus cuatro vástagos no supiesen ser, llegado el momento, hombres en el sentido absolutamente de la palabra, le tenía extraordinariamente preocupado.

Si Elizabeth hubiese sido de otra manera...

¡Ah! Pero Elizabeth, su querida Elizabeth, constituía para William otra fuente de preocupaciones.

Esposa amante, madre más amante aún, simpática, de muy buen corazón, hubiese constituido el mundo de perfecciones para cualquier hombre superficial que se contentase con una mujer que tocase muy bien el clavicordio, que supiese cantar romanzas y que desempeñase en sociedad un admirable papel. Pero su marido no quería eso, sino una cosa muy diferente. Quería, ante todo, que educase a sus hijos en los más rectos principios, y en este punto no transigía.

A cubierto de preocupaciones materiales —la situación económica de los Robinson permitía a éstos

tener el servicio necesario para que la esposa no hubiese de desempeñar ninguna labor doméstica— hubiese podido muy bien consagrarse a esta tarea, tan noble y tan elevada, pero no había sabido nunca comprender a su esposo en este aspecto.

Ella creía que bastaba con que sus hijos fuesen cultos, elegantes y discretos... aunque no tuviesen la mejor noción de lo que es la lucha por la existencia. Se consideraba feliz con verles alternar entre lo más refinado de la sociedad londinense.

Llegó un momento en que William Robinson decidió adoptar una resolución trascendental, y de la que pocos hombres como él hubiesen sido capaces. Poniendo a prueba su extraordinario temple, solicitó del Gobierno el pasaporte para dirigirse a Australia, en compañía de su familia, para instalar allí una granja y contribuir a la colonización de aquella tierra inmensa y casi deshabitada.

El pasaporte le fué concedido en víspera de las Navidades. Ni su esposa ni sus hijos tenían el menor conocimiento del proyecto. Es más, antes que ellos se enteró el fiel criado Thoren, un suizo ya anciano, por el que los Robinson sentían un afectuoso cariño.

La tarde en que comienza nuestra historia, Jack, el segundo de los hijos del matrimonio, fué el primero en llegar a casa. El viejo Thoren acudió a abrirle la puerta, saludándole con una profunda reverencia:

—Buenas tardes, señorito Jack.

—Buenas tardes, Thoren. ¿Sócrates y el discutidor no han venido todavía?

Sócrates, para Jack, era su hermano menor, Ernest. Frecuentemente, los dos hermanos se peleaban porque Jack reprochaba a Ernest su pedantería. A su hermano mayor, Fritz, le había bautizado Jack con el apodo de «el discutidor», porque, un poco endiosado con su uniforme, ponía reparo a todo y se comportaba con un orgullo que se avenía mal con sus pocos años.

—No, no han venido todavía, señorito — contestó Thoren —, pero supongo que no tardarán.

En lugar de adentrarse en la estancia, Jack siguió en el recibidor, contemplando al criado de hito en hito. Éste, confuso, no sabía que decir, hasta que oyó exclamar al joven:

—Thoren, erefe una calamidad, te lo aseguro. No he visto cosa más desdichada en mi vida.

Asustado, Thoren bajó los ojos, al tiempo que murmuraba, contrito:

—No acierto a adivinar el porqué, señorito Jack.

—¿Adónde vas con esa corbata sin almidonar? Ayer me fijé en las del criado del príncipe. Echale una ojeada.

—Está bien, señorito.

Jack no añadió palabra y penetró en el interior de la mansión. Las suaves notas de un clavicordio, ante el cual se hallaba sentada su madre, le sirvieron de guía.

—¡Jack! ¡Hijo mío! — exclamó Elizabeth, poniéndose en pie y corriendo a abrazar a su hijo.

—¡Mamá! — murmuró el joven, correspondiendo al abrazo —. Estás más encantadora que nunca.

—¡Adulador! — repuso la madre, sonriendo. Y reparando en el traje de su hijo —: Llevas — le dijo — una magnífica levita. Nunca te había visto tan elegante como hoy.

—¡Bah! — repuso el joven, con estudiada displicencia —. Son unos andrajos que se ha empeñado en remendar mi sastre.

Dió una ojeada sobre el secreter de su madre, y viendo extendidos sobre él varios pliegos:

—¿Invitaciones para tu fiesta de Año Nuevo, mamá?

—Sí, hijo mío.

—¿Lady Carter? — exclamó de pronto Jack, señalando con el índice uno de los pliegos.

—Sí, Jack. ¿Qué tienes que objetar a ello?

—Nada —contestó el interpelado—. Que es una mujer extraordinariamente antipática para mí. La detesto. Es de lo más vulgar y aburrido que puede uno imaginarse.

—Confío —dijo entonces Elizabeth— que, a pesar de haber invitado a esa mujer, que es tan antipática, vendrás a la fiesta.

—Imposible, mamá querida. Sería demasiado para mí.

—Pero, Jack...

—Tengo que reservar todas mis atenciones para lady Angela. ¿No lo comprendes así, mamá?

—¿Pero, tan en serio ya, a tu edad?—protestó Elizabeth.

—Los bienes de la familia ascienden a cinco millones, y el duque es viejo y no tardará muchos años en morir. Mentiré en cuanto a mi edad y me casaré con la pequeña dote...

—Pequeña... ¿Pues no eres poco ambicioso, Jack?

—Si papá no se opone, llegaré pronto al logro de mis ilusiones. Con cinco millones, me parece que puedo hacer bastantes cosas...

—Vas a eclipsar la elegancia del famoso Jorge Brummel.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Ernest. Cuando vió a Thoren, le dijo a bocajarro:

—¿A que no sabes, Thoren, qué regalo de Navidad te traigo?

El viejo criado sonrió.

—Me apuesto cualquier cosa a que es...

—¿Qué?

—¿Qué ha de ser! Conociendo los gustos del señorito Ernest, no es difícil adivinar que se trata de un libro.

—Así es, en efecto, buen Thoren, Toma: «Los diálogos de Platón». Una edición recién publicada.

—Muy bonito...—dijo el viejo, tomando el libro con sus manos arrugadas y temblonas.

—Ten cuidado con él, Thoren. Sería una verdadera lástima que arrugaras las páginas como hiciste con «Marco Aurelio».

—¡Oh, no! No pienso hacer tal cosa, señorito...

Elizabeth, que había oído la voz de Ernest, le llamó cariñosamente:

—¡Ernest, hijo mío!

—¡Mamá!

Y corrió a abrazarla, al tiempo que decía, casi a voz en grito:

—¿Sabes que me ha dicho el director?

—No, hijo mío.

—¡Una buena, una excelente noticia.

—Di, Ernest.

—Pues ahí es nada. Que algún

día conseguiré nada menos que ser alumno de Oxford.

—¡Ah!

Jack se acercó para abrazar a su hermano.

—Hola, figurín—dijo éste.

—Hola, Sócrates—repuso Jack, con su ironía de siempre.

Ernest no replicó, y se limitó a preguntar:

—¿Dónde está el viejo discuti-dor?

—¿Quién, Fritz? No ha llegado todavía.

Nuestro futuro don Juan debe estar ejercitándose en destroz ar razones femeninas.

La conversación fué interrumpida por la aparición, en la estancia, de Tudk y Rober, dos magníficos perros que tenían en la casa, y que estaban muy encariñados con sus dueños. Distráidos con los dos fieles animalitos, los circunstantes no tuvieron ocasión de escuchar la conversación que en su despacho particular sostenía William Robinson, que acababa de llegar, con el viejo criado Thoren.

* * *

—He adoptado ya mi decisión—decía el esposo de Elizabeth.

—¿Definitiva?

—Irrevocable. Ya está hecho.

—¿Todo, señor?

—Todo, no. Me falta lo más importante. Dar el golpe final.

—Lo estaba leyendo en su cara, señor.

—Me parece que la noticia llegará a los míos en un momento poco propicio, pero no sé qué decirles.

—Realmente...

—Sí, ya sé lo que me van a decir, Thoren. Realmente, mi decisión no va a resultarles muy agradable, que digamos. Lo sé, y estoy convencido de ello. Pero no hay más remedio. Se hubiesen comportado de otro modo, no hubiesen tenido necesidad de verse impuesto este sacrificio.

—Y de imponérselo a usted, señor.

—¿A mí? No. Para mí no representa ningún sacrificio. Para un buen padre, no puede llamarse sacrificio a nada que tenga por finalidad cimentar una familia. Y eso es lo que voy a hacer, cimentarla, porque el edificio de nuestra familia, por desgracia, se estaba cuarteando y no hubiese tardado en verse abajo.

Thoren suspiró.

—Y ahora que el señorito Jack espera casarse con lady Angela, y el señorito Fritz está impaciente por terminar la carrera militar y

conquistarías a todas con el uniforme...

—Me es igual — dijo William Robinson con firme y decidido acento—. Sus proyectos no torcerán mi voluntad.

Y tras un silencio:

—A ti—añadió—te he señalado una pensión bastante crecida...

—Muchas gracias, señor — contestó el criado, sinceramente emocionado—. Así podrá terminar mis días allá en nuestra Suiza.

Robinson revisó unos papeles que llevaba consigo. Luego:

—¿Están todos en casa, Thoren?

—Todos menos el señorito Fritz.

—Bien. Avisame cuando llegue.

—Sí, señor. ¿Dexas algo más al señor?

—No, nada.

—Bien.

El criado se retiró, entornando la puerta del despacho de William Robinson. En aquel momento llamaban a la puerta. Era Fritz.

LA NUEVA SENSACIONAL

BIENVENIDO a casa, señorito Fritz—dijo Thoren, abriendo la puerta al mayor de los hermanos, que llegaba muy ufano vestido con su uniforme de cadete.

—¿Cómo estás, Thoren?—exclamó el muchacho.

—Muy bien, muchas gracias, señorito. ¿Y usted?

—Bien. El cochero te dará mi equipaje.

—Bien, señorito.

—Anda, hombre, date prisa. Tendré que espabilarte a punta-piés.

Thoren no se inmutó por la grosería. Había visto nacer al pequeño insolente y perdonaba todos sus improperios. Con aire humilde, respondió:

—Sí, señorito; sí, en seguida.

Y añadió:

—Le sienta muy bien el uniforme, señorito Fritz...

Con aire de afectada marcialidad, Fritz hizo su aparición en la estancia donde ya se hallaban reunidos su madre y sus dos hermanos. Después de abrazarse, anunció:

—Me ha llamado el coronel... Ha estado muy amable conmigo, por cierto, pero me ha obligado a llegar tarde.

—Eso lo dices para que no te riñamos—exclamó con sorna Jack.

—Te digo que es la verdad.

—Si no lo dudamos—prosiguió el que aspiraba a eclipsar a Brummel con los cinco millones de lady Angela—. Hasta me parece que es-

toy oyendo lo que el coronel te decía...

—¿Sí? ¿Qué?

—Algo por el estilo de esto: «Mi querido señor Robinson... siento mucho que deje el regimiento, porque está usted haciendo una brillante carrera, pero su servicio en filas ha terminado...».

—Pues, si yo viviera en Suiza—dijo Fritz—hubiese corrido a alistarme en el ejército de Napoleón.

—¿Cómo!—exclamó Elizabeth—¿Te habieras ido con Napoleón y no con Wellington?

—Napoleón es el genio más grande de nuestra época—dijo Fritz con entusiasmo.

Jack terció en la conversación y dijo con sorna:

—¡Qué suerte para Wellington, que nosotros vivamos en Inglaterra!

—¡Jack!—protestó Elizabeth.

En aquel momento William Robinson, a paso lento, con tono grave, hizo su entrada en la estancia.

—¡Magnífico!—exclamó—Los hermanos, como siempre, discutiendo tonterías.

—Papá, buenas tardes—dijeron a coro los tres hermanos.

—Bienvenidos a casa, muchachos—contestó Robinson, mientras abrazaba a su mujer.

En aquel momento hizo su aparición un nuevo personaje: Era

Francis, un niño de dos años de edad, último vástago, como ya saben nuestros lectores, de la familia. Se asió a los pantalones de su padre, que era el modo que empleaba para saludarle, pues todavía no hablaba, y Robinson lo tomó en brazos y comenzó a prodigarle caricias. Mientras tanto, Elizabeth, que había recogido de encima del secreter las invitaciones para su fiesta de Año Nuevo, decía a Ernest:

—¿Cuidarás esta misma noche de echarlas al correo, verdad?

William dejó en tierra a Francis e interrumpió, tajante:

—Ya no creo que sea necesario.

—¿Qué?

—Siento desilusionarte, pero no habrá fiesta de Año Nuevo, querida.

—¿Qué dices?

—Que vale más abandonar nuestros planes de vacaciones.

—Pero William—exclamó la esposa—, ¿por qué?

—Un momento.

Y dirigiéndose a los tres muchachos:

—Yo os asigno cinco libras^{*} al mes, para Pascua. Y vuestra madre no me cabe duda que os dará otras cinco.

—Mera bagatela para un caballero moderno—dijo con petulancia Jack.

—Yo disfrutaba solamente de un chellín cuando tenía vuestra edad —repuso el padre—. Y, además, tenía necesidad de trabajar para conseguirlo.

Elizabeth intervino:

—Pero nuestros hijos no tienen que trabajar para vivir.

William Robinson se echó a reír con ironía.

—¿Sabrían hacerlo en caso necesario?

Nadie contestó a la pregunta. Sólo Jack, impertinente, dijo:

—¡Qué opiniones tan fastidiosas y tan molestas!

Fritz quiso hacer coro a su hermano.

—Estos son otros tiempos, padre—dijo.

—Otros tiempos...—repuso William—. Sí, otros tiempos. Pero no son mejores por ser otros.

Y tras un silencio:

—He estado meditando muchísimo durante los últimos meses respecto al mundo en que vivimos. Le llamamos civilizado, y sin embargo, los hombres emplean todavía sus energías en lo mismo que hace siglos: en destruirse mutuamente.

—Las ambiciones, papá...—insinuó Ernest.

—Un hombre debe despreciarlas cuando son insanas. Debe pretender conquistar el mundo, pero con su

trabajo. Esa noble emulación es la que yo deseo y ambiciono para mis hijos, que tienen como ejemplo mis años de lucha en el taller.

—Pero ten en cuenta —arguyó Fritz—que el mundo va evolucionando.

—No lo niego, hijo. Pero yo quiero educaros a todos en los principios eternos de laboriosidad y respeto.

Elizabeth interrumpió a su marido:

—Pero, William, ¿qué tiene que ver todo esto con mi fiesta de Año Nuevo? Mira: aquí está el brocado para mi vestido. Es delicioso, ¿verdad?

—Sí—dijo William—. Hubieses estado maravillosa lucíéndolo, pero ten paciencia, querida. Tratarás de explicarme claramente.

Hizo una pausa y luego continuó:

—A causa de vuestros estudios, hijos míos, no he podido apreciar vuestras actividades desde que vivimos en Inglaterra. Y lo poco que he visto, debo deciros que me desagrada en extremo.

Elizabeth salió en defensa de los muchachos.

—William—dijo—, sin duda desconoces el modo que tienen las grandes familias de educar a sus hijos. No es raro que Fritz delire por brillar en las fiestas mundanas. Es

natural que Jack quiera casarse con lady Angela que posee una gran fortuna. Y Ernest nos dará, días de gloria con sus estudios en Oxford.

Robinson movió la cabeza con escepticismo.

—Un hijo cuya única ilusión es deslumbrar con su lujo... No tiene otra ambición que brillar y figurar en la sociedad. Otro hijo que sólo aspira, como fin de su vida, a casarse con una rica heredera. ¡Una boda por dinero! Otro hijo que quiere devorar volúmenes para repetir las ideas de los demás. Y otro que piensa profundamente, estoy seguro, pero que rehusa hablar y decir a nadie lo que piensa.

—William—dijo Elizabeth en tono de reproche—. Tú no eres justo con tus hijos. Son unos buenos muchachos.

Robinson no quedó convencido ante la protesta de su esposa.

—Me atrevo a contradecirte—exclamó—. Quiero a mis hijos intensamente, pero no puedo aprobar los fines que persiguen en la vida.

—¿Por qué?—dijo Fritz.

—Porque pienso que un hombre debe labrarse su porvenir con sus propias manos. Debe crear. Construir aunque sólo sea un tejado en que guarecerse. Un huerto que le

dé el sustento diario, un aposento en que cobijarse, algo...

—¿Y dónde hemos de construir eso?

—Aun quedan en la tierra sitios donde nosotros podamos vivir una vida así, en paz y en gracia de Dios, y donde nuestros hijos aprendan a ser hombres. Y para ello...

William metió la mano en el bolsillo y ante los ojos atónitos de su esposa y sus hijos desplegó un pliego de papel sellado, que no era otra cosa que la autorización gubernamental para trasladarse a Australia.

Elizabeth quedó como aterrada.

—Pero, William... ¿qué estás haciendo?

—Que nos vamos a otras tierras.

—Pero, papá—dijo entonces Jack, con voz casi suplicante—, ¿qué será de mi novia?

—¿De lady Angela? Ya he enviado tu renuncia.

—¡Mi renuncia!

—Sí, tu renuncia, hijo mío.

—Mamá...—exclamó Jack, como implorando el auxilio de Elizabeth.

—William—dijo entonces ésta—, te suplico que pienses detenidamente lo que haces.

—He suplicado y os he aconsejado durante meses y meses—exclamó William—. Bien lo sabéis. Pero

ahora mi resolución es muy firme. He vendido mi fábrica y esta casa. El lunes embarcaremos para Australia.

Elizabeth se irguió, retadora.

—¿Con quién has contado para decidir así de nuestras vidas?

Robinson no se inmutó.

—Lo hago para salvar a nuestra familia, esposa querida, no para

destruirla. Y espero que llegues a comprenderlo así algún día.

No hubo manera de disuadirle. La discusión se prolongó largo rato, pero fué tan enérgica la actitud del padre, que nadie se atrevió a contradecirle. Y quedó convenido que el lunes siguiente, tal como lo había propuesto William, embarcarían todos para Australia.

HACIA LO DESCONOCIDO

LOS días que siguieron fueron de febril actividad para William Robinson. La perspectiva de la nueva vida que iban todos a emprender despertaba en aquel hombre, ya llegado a la madurez, energías insospechadas. Trabajaba diez o doce horas diarias, preocupándose de los más nimios detalles, no olvidando pormenor alguno y haciendo todo lo posible para no descuidar de llevarse nada de lo que era indispensable para aquel largo viaje y para instalarse en las vírgenes selvas australianas, donde sabía que casi no podía contar más que con su propio esfuerzo, dada la escasez de colonos que se registraba a la sazón en aquella enorme isla.

Elizabeth y los tres muchachos

asistían a todos aquellos preparativos en medio de la más absoluta indiferencia. Hubiese podido pensarse que hacían todo cuanto podían para que nada les recordase que en breve iban a zarpar con rumbo a Oceanía.

Sólo uno, el pequeño Francis, miraba con inteligentes y despabilados ojos las idas y venidas de su padre. A pesar de que casi no hablaba, era extremadamente listo, y William había puesto mayor cariño en aquel benjamín, porque no estaba contaminado del ponzoñoso ambiente de frivolidad en que vivían los otros hermanos.

Los escasos momentos en que William salía de casa, para ir a buscar algo que creía podía hacer falta durante el viaje, o una vez instalados en la colonia, Elizabeth, Fritz,

Jack y Ernest se contemplaban en silencio, como tres condenados que van a ser en breve conducidos a presidio.

—¡Es horrible!—murmuraba Elizabeth.

—Esto es absurdo — contestaba Fritz—. Yo no sé qué diablos se le ha metido en la cabeza a papá. Hay momentos en que creo que su razón se ha extraviado.

—No, eso no — protestaba Ernest—. Yo, que he estudiado a fondo esas cosas...

—Pues mira—argüía Jack—, que te ha servido de mucho tal estudio. Prepárate a abandonar los libros y empuñar un pico y una pala.

—Yo, que he estudiado a fondo esas cosas—repitió Ernest con su eterno aire de suficiencia—, protesto de que te atrevas a afirmar que papá no está en su sano juicio. Lo que hay es que tiene un concepto de las cosas muy distinto del que tenemos formado nosotros.

—Muy bien hablado, hijo mío —dijo entonces Elizabeth, que, aunque contrariadísima por lo ocurrido, le disgustaba que criticaran a William, a quien, en el fondo, amaba entrañablemente.

—Estamos de acuerdo en ese juicio, mamá. Pero no hay derecho a que porque papá tenga un concepto distinto de las cosas, nosotros

tengamos que pagar las consecuencias—afirmó Jack.

—Hablas así porque no tienes noción de lo qué es la disciplina —terció Fritz—. Yo, como que la tengo, me adapto a las circunstancias y callo.

—A regañadientes.

—Sí, a regañadientes. ¡Qué duda cabe! Pero hay que acatar la autoridad del padre.

—Así me gustas, hijo mío—exclamó Elizabeth, abrazando a Fritz.

—Pero callemos, que ahora regresa de sus compras...

Fueron necesarios tres coches para llevar a bordo todo el equipaje y mobiliario de los Robinson. Elizabeth había querido llevarse todos sus vestidos y su clavicordio; Fritz, sus uniformes, Jack sus levitas y Ernest sus libros. No hay que decir que el equipaje de este último era el que revestía más volumen.

En cambio, William Robinson puede decirse que no se llevó casi más que la ropa necesaria. Había cargado con herramientas, armas, pólvora y otras muchas cosas que podrían serles de gran interés en Australia.

—¡Qué buque más hermoso!—no pudo menos que decir Elizabeth cuando se halló en presencia de las líneas esbeltas y majestuosas del bergantín.

—¡Buena presa para un corsario!
—comentó Fritz, que en todas las cosas no veía sino su aspecto militar.

—¡Es elegante como una mujer-cita! — pronunció con admiración Jack, que no cesaba de pensar en lady Angela.

—Excelente lugar para abstraerse del humilde bullicio y estudiar filosofía—suspiró Ernest, dando una ojeada al cofre en que iban embalados sus libros.

—¡Magnífico buque para llevarnos a tierras desconocidas, donde podáis rehacer vuestro templo y convertirnos en unos verdaderos hombres! — exclamó entonces William, que había permanecido en silencio ante las diversas exclamaciones de sus familiares.

El único que no dijo nada fué el pequeño Francis, muy atareado en jugar con sus inseparables compañeros Turk y Reber, que William no había querido dejar en Inglaterra.

Un día se había arguido por parte de sus hijos que era un absurdo llevarse a Australia a los dos perros. Pero William se formalizó:

—¿Por qué no? ¿Los hemos de dejar aquí como unos ingratos? ¿No han compartido nuestra suerte hasta ahora? En Australia estarán más libres y contentos, y, además, nos serán de gran utilidad para la caza.

—¡Ah! ¿De verdad que iremos de caza?—preguntó Fritz.

Pero en el fondo, hubiese querido hacer esta confesión:

—La verdad es, papá, que usted piensa en todo...

El embarque se hizo sin novedad, y pocas horas después, habiéndose levantado un viento favorable, el bergantín abandonaba el puerto y ponía rumbo de las costas francesas.

Los primeros días, el viaje transcurrió bastante divertido para la esposa y los hijos de Robinson. Como tuvieron buen tiempo, nadie se mareó, y el espectáculo de la inmensidad de los mares, la contemplación de las costas francesas, de las que había que navegar a cierta distancia, puesto que Inglaterra y Francia se hallaban en guerra, les distrajo bastante, amén de los mil y un incidentes que siempre se producen a bordo y que resultan muy interesantes para quien no está familiarizado con la vida del mar.

Poco a poco, Elizabeth y sus hijos fueron interesándose por los secretos de la navegación. Les llamaba mucho la atención la maniobra de las velas y del timón, y frecuentemente pedían explicaciones sobre ella al capitán, que, como no llevaba otros pasajeros a bordo, les atendían de buen grado.

Pero a los quince días, ya todos los Robinson, excepto el jefe de la familia, empezaban a aburrirse.

Cada uno hallaba un tema sobre el cual fundar sus lamentaciones.

—¡Cuando pienso—decía Jack—que podría estar tomando el té con lady Angela!

—Y yo frecuentando los bailes de la Corte de Su Majestad...—suspiraba Fritz.

—Y yo en la Biblioteca Nacional estudiando los clásicos...—musitaba Ernest.

Por su parte, Elizabeth se contentaba con manifestar su hastío pasando horas y horas tendida en una hamaca, sin pronunciar casi palabra.

En vano William la rodeaba de todas sus atenciones.

—¿Puedo hacer algo para que es-

tés más cómoda, querida?—le decía.

—¡Qué aburrimiento! —replicaba ella—. Ya he perdido la cuenta de las semanas que navegamos. Tu-
vimos que ser obedientes y seguirte, pero será difícil que te perdonemos.

—¿De modo —contestó Robinson—que no habéis acabado todavía de comprenderme?

Ella dijo que no con un gesto. William, dolorido, se alejó de ella y se acodó sobre la borda.

—Es inútil —murmuró—. Nunca comprenderán que lo hago por su bien...

Por fin, un día pareció que los rostros de Elizabeth y de sus tres hijos se animaron ante una noticia que les dió el capitán. Dentro de dos o tres días el barco estaría a la vista de las costas de Australia.

EL NAUFRAGIO

EL día amaneció triste y sin sol. El capitán, locuaz de ordinario, parecía un poco preocupado, y no hacía sino consultar el barómetro. A media mañana, compareció sobre cubierta, donde se hallaban los Robinson, y les saludó de esta manera:

—Señores, me parece que el día va a ser movido. Hasta ahora ustedes se han aburrido, pero me parece que van a tener ocasión de asistir a un espectáculo muy movido; si bien no exento de peligros.

—¿Qué ocurre?—exclamó Elizabeth, poniéndose en pie como movida por un resorte.

El capitán se dió cuenta de que había hablado con demasiada brusquedad, y dulcificó su tono.

—De momento, señora, no ocurre nada de particular.

—¿Entonces...?

—Entonces, les aviso que podría muy bien ser que tuviésemos un chubasco de padre y muy señor mío.

—¿Y eso es peligroso?

—Para ustedes, no. Pero para los marineros que tienen que arriar las velas, sí, señora.

Elizabeth pareció tranquilizarse.

—¡Ah! Sí no es más que eso...

—No es más que eso, y aun no le aseguro que se produzca, por más que empiezan a caer gotas. Pero, si Dios quiere, no será nada.

—¿Y si el chubasco se convierte en tempestad?

—Danzaremos un poco.

—¿Solamente danzar?

—Y estarse encerrados en el ca-

marote, porque no creo que les divierta a ustedes mucho estar aquí convertidos en esponjas.

La lluvia fina arreciaba y los nubarrones eran cada vez más densos.

—¿Usted cree que podemos correr peligro? — preguntó entonces Ernest.

El capitán sonrió. No quería asustar a aquel jovenzuelo intelectual, que se pasaba el día leyendo los clásicos.

—¿Peligro? No más que el que se corre paseándose en barca por el Támesis. Usted no ha navegado nunca, joven, y no se ha dado cuenta de una cosa que hemos experimentado los viejos lobos de mar, y es que a bordo de un buen bergantín hay menos peligro que en tierra firme, pese a las tempestades, a los naufragios, a los abordajes y hasta a los choques.

—Pero cuando el viento sopla muy fuerte, un barco puede zozobrar.

—Efectivamente, joven. Todo puede ocurrir en este mundo, pero no olvido que la Providencia vela por todos nosotros, y que, además, tenemos a la vista las costas de Australia, de modo que, en el peor de los casos, sólo experimentaríamos algunas molestias.

La lluvia fina se había convertido en un fuerte chaparrón.

—Sin embargo—objetó entonces Jack—, a nado no podríamos llegar a tierra.

—¿Qué duda cabe que no!—repuso el capitán—. Además, que como no habrá ninguna necesidad de ello...

—¿Está usted seguro?—intervino entonces Fritz, que hasta aquel momento no había pronunciado una sola palabra.

—¿Seguro? ¡Hombre! Nada hay seguro en este mundo.

—¿Quiere usted decir que estamos en peligro?

—En peligro estamos desde que venimos al mundo. Pero no se apure, joven, y si me quiere creer, váyase junto con toda su familia al camarote, porque la lluvia empieza a ser molesta.

En efecto, el agua caía a torrentes sobre cubierta. Se había levantado un viento muy fuerte que no dejaba presagiar nada bueno.

El único que no había pronunciado una palabra durante todo aquel diálogo era William Robinson.

Y era el que más inquieto estaba. Sabía lo que eran los huracanes.

Pero no quería alarmar a los suyos sin necesidad. Era hombre estoico y por nada del mundo hubiese exhalado una queja.

Encerrado en el camarote con los suyos, fumaba su pipa con aire in-

diferente, pero sus ojos vivos escrutaban el horizonte con una impaciencia que en vano se esforzaba en disimular.

—¿Va a haber tempestad, verdad?—preguntó Jack.

—Es posible—se limitó a contestar Robinson.

—Me parece, papá—dijo entonces Fritz—, que no estás muy tranquilo.

—¿Por qué no voy a estarlo? ¿Porque vamos a bailar un poco, como ha dicho el capitán? Eso no tiene nada de particular.

—¿Y si el huracán nos arroja contra las costas?

—Eso no ocurrirá, porque estamos aun bastante lejos de ellas. Por lo demás, los huracanes duran poco rato en estas latitudes. Y el buque en que viajamos es muy bueno, de manera que no hay por qué tener miedo.

Elizabeth permanecía en silencio, pero no perdía detalle de cuanto ocurría. De pronto dijo:

—Me parece que oigo mucho ruido sobre cubierta.

—Deben llevar a cabo alguna maniobra.

—Vamos a verlo—dijo Ernest.

—Os vais a mojar como unas sopas—objetó William.

—Bueno. Nos haremos cuenta de que hemos tomado una ducha.

—Pues vamos.

A paso lento y no muy seguro, porque el buque empezaba a dar tremendos bandazos, subieron todos a cubierta.

Aun no habían tenido tiempo de llegar a ella que oyeron al capitán, muy excitado, llamar a un marinero:

—¡Ohlson! ¡Ohlson!

—Allá voy, capitán.

—¡Ohlson! Reúne a la gente y recoge las velas mayores.

—A la orden, mi capitán.

Pero el huracán arreciaba. Encaramarse por las escalerillas de cuerda para quitar las velas, era empresa superior a toda fuerza humana. El viento les hubiese arrancado de ellas, arrojándoles sobre las olas, cada vez más encrespadas.

El capitán contemplaba los inútiles esfuerzos. Bien pronto se dió cuenta de que era necesario adoptar una determinación muy enérgica.

—¡Ohlson! Es tarde. ¡A las hachas!

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Elizabeth.

William lo sabía. Fritz, Jack y Ernest, probablemente también. Pero callaron.

En aquel momento llegaban los marineros con las hachas.

Un grupo de más de veinte empezaron a dar hachazos sobre la base del palo trinquete, hasta que éste.

doblegándose, cayó sobre cubierta.

—¡Ohlson! ¡Echad el palo al agua, sea como sea, o sino...

El capitán no se atrevió a decir: «Vamos a naufragar». Tras muchos esfuerzos, el palo, con todo el velamen mojado, rodó al agua, más por la inclinación, ya muy peligrosa, del barco, que por los esfuerzos de los marineros.

—¡El palo de mesana!—ordenó el capitán.

La operación se repitió, tras muchos esfuerzos.

—¿Y cómo navegaremos después si cortan los palos?—preguntó Jack.

Esta vez William Robinson no se atrevió ya a mentir. La tempestad era violentísima; y las olas tan altas que el agua empezaba a entrar por la cubierta, inundando las bodegas.

—No navegaremos más, por lo menos a bordo de este buque—pronunció sombríamente.

—¡Cómo! — exclamaron a coro Elizabeth y los tres muchachos—. ¿Entonces es que estamos perdidos?

En aquel momento, el palo mayor caía con estrépito sobre cubierta.

—Perdidos, no. Pero estamos sin gobierno y a merced de las olas. De todos modos, el barco es bueno; el agua no es difícil de achicar, y una vez el tiempo se haya serenado, po-

dremos llegar hasta la playa en el bote salvavidas.

En aquel momento llegaba el capitán.

—¡Ohlson!—gritó—. Prepara la maniobra del bote.

—¿Vamos a abandonar el bergantín en medio de esta horrible tempestad?—preguntó Elizabeth.

—Supongo que no. Debe ser tan sólo una medida de precaución.

Pero al cabo de pocos minutos se oyó de nuevo la voz del capitán:

—¡Ohlson! ¿Dónde está el señor Robinson y su familia?

—¡Aquí, a popa!

El capitán corrió hacia ellos.

—Señor Robinson—exclamó, dirigiéndose a William—. Le ruego que usted y su familia abandonen la cubierta y vayan al camarote, recogiendo todas las cosas que les interese salvar. Las bodegas se están inundando.

—¿Qué ocurre?—preguntó William.

—Una vía de agua, probablemente debido a un choque.

—¿Accionan las bombas?

—Imposible.

—Bien, capitán—repuso Robinson—. Vámonos.

Todos descendieron la escalerilla que conducía a su camarote. El agua penetraba por el casco del buque en grandes masas.

—¡Oh! ¡Qué situación tan horrible!—suspiró Elizabeth.

—Valor, esposa mía. Dios no nos abandonará en este trance.

—Dios, no; pero los hombres, sí—gritó entonces Fritz con voz sombría.

—¿Los hombres?—inquirió sorprendido William.

—Sí, los hombres. Mire, papá.

—¿Qué es esto!—exclamó Robinson, apretando los puños de rabia.

—¿Qué ocurre?—preguntó Elizabeth.

Ni una protesta, ni un grito, ni una maldición salieron de los labios de William Robinson. Se limitó a señalar con el dedo un deprimente espectáculo que podía advertirse a través de una de las mirillas del barco. En el único bote salvavidas que había a bordo, la acobardada tripulación huía, dejando a los pasajeros abandonados a su triste suerte.

LA BALSA

EL barco empezaba a dar bandazos de una manera alarmante.

—Bueno — dijo Robinson —, ya nos hemos quedado solos.

—¡Solos!—repitieron a coro Elizabeth y los muchachos.

—Más vale solos que mal acompañados. Para estar en compañía de una cuadrilla de cobardes más vale que nos las podamos componer sin la ayuda de nadie, que más que ayuda sería estorbo.

—¿Y qué va a ser de nosotros?

—Pues nada. Que superaremos esta situación, y nada más, con bastantes molestias, pero nada más. El barco da muchos bandazos, pero por ahora no creo que naufrague. Y Dios no nos abandonará. A pesar de que

merecía que nos castigase, o mejor dicho, que me castigase, porque hace un momento se me ha escapado una expresión que constituye una blasfemia.

—¿Una blasfemia tú?—dijo Elizabeth, sorprendida.

—Sí, una blasfemia.

—No te comprendo.

—Una blasfemia de la que vosotros no habéis protestado.

—¿Cómo?

—He dicho que estábamos solos, y no es verdad. Dios está con nosotros, esposa e hijos queridos, y no dejará que muramos aquí, aunque seamos unos miseros pecadores.

Unánimemente todos bajaron la vista al suelo y de sus labios brotó la oración de los creyentes:

—Padre nuestro que estás en los Cielos...

Apenas habían terminado de decir «amén», cuando Ernest dió un grito de alegría:

—¡Papá! ¡Una isla, una isla! ¡Estamos cerca de una isla!

—¿Lo veis — exclamó entonces William— cómo Dios no nos ha abandonado?

Todos cayeron de hinojos, con las manos juntas, murmurando:

—¡Gracias, Señor nuestro, por habernos salvado!

—Muchachos, valor—dijo el padre—. Ahora comienzan las penalidades. Hasta ahora nuestro sufrimiento ha sido solamente moral, por tener nuestras vidas en peligro. Pero ahora será físico, porque tendremos que pasar por muchas dificultades para salir adelante de la empresa ante la cual nos encontramos. ¿Sabéis, muchachos, lo que tenemos que hacer?

—Ir hasta la isla a nado—repuso Fritz.

—¡Magnífico! Y como que la isla es el país de Jauja quedará todo resuelto. ¿Y cómo viviremos? ¿Ya ha pensado en ello?

—La verdad, no...

—Tampoco debes haber pensado en que por estas aguas abundan los tiburones...

—¡Ah! Afortunadamente, nuestro padre piensa en todo.

—Mándanos, papá—dijeron entonces Fritz, Jack y Ernest—. Mándanos y te obedeceremos.

—Con dirigiros y que tengáis en cuenta lo que digo, habrá bastante. En primer lugar, hay que preocuparse de construir una balsa.

—¿Y con qué materiales la construiremos?

—¿No lo sabéis?

—Hay muchísimos barriles en la bodega—observó Fritz.

—¡Loado sea el Señor que has tenido una buena idea! Amarrando con sogas unos barriles a otros, y poniendo unas maderas, no será difícil construir una balsa y, a fuerza de remos, llegar hasta tierra firme. Vamos a empezar nuestra tarea que ya os he dicho que será dura. Pero no hay más remedio. Tú, Fritz, a subir barriles. Tú, Jack, a la bodega a buscar armas y pólvora; y tú, Ernest que, como intelectual, ores el que más importancia le das a la comida, preocúpate junto con tu madre de recoger provisiones.

—¿Tú crees, papá — preguntó Jack—, que nos hará falta armas y pólvora?

—¿Que si nos hará falta? Más que el tocino salado, que tendrá que ser nuestro único alimento durante los primeros días.

—¿Y para qué los necesitaremos?

—Pues para infundir respeto, y si no es bastante con respeto, miedo a los salvajes que pueda haber en la isla.

—Tienes razón, papá: No había caído en ello.

—Pues ve en busca de lo que te he dicho, y no te demores, porque el barco está embarrancando, seguramente contra un arrecife a flor de agua, y me parece que el casco se va a desgarrar como un trapo viejo.

No fué tarea fácil construir la balsa, y menos con aquella gente inexperta, cuyas manos empezaron pronto a sangrar debido a los rudos trabajos a que se veían sometidas por primera vez en la vida.

Dos días de esfuerzo requirió la construcción, pero al amanecer del tercero, Robinson vió con satisfacción que la balsa estaba en condiciones de navegar.

Durante aquellas cuarenta y ocho horas, William había organizado el trabajo por turnos de seis horas. Unos se sucedían a otros, y cuando estaban cansados, dormían un par de horas sobre cubierta.

Hasta la balsa llegaban los mugidos de un toro y una vaca que el bergantín llevaba en sus bodegas.

Jack, que tenía muy buenos sentimientos, preguntó a su padre:

—¿Y vamos a dejar morir aquí a esos pobres animales?

—De ninguna manera. Primero, por compasión. Y segundo, por egoísmo. Una pareja de estos animales es muy útil en estas tierras donde vamos a abordar.

—Pero supongo que no nos les llevaremos en la balsa...

—De ninguna manera. Entre otras cosas, porque no cabrían y nos iríamos a pique.

—¿Pues qué haremos?

—¿Qué haremos? Aguzar el ingenio. A ver, chico, si se te ocurre a ti algo.

El muchacho permaneció en silencio.

—¿No se te ha ocurrido nada, verdad? Lo suponía... Pero tu padre tiene ya una idea fija sobre el particular en el magín y ya hace rato de ello...

—¿En qué consiste?

—En una cosa muy sencilla. Por el mismo procedimiento que flota la balsa pueden flotar ellos.

—¿Les haremos otra balsa?

—Les ataremos unos barriles y flotarán.

—Tampoco se me había ocurrido semejante cosa—dijo.

—Bueno, pues ve a buscar al toro y a la vaca y ve si puedes traerlos a cubierta.

—¿Yo, convertido en pastor?
¡Eso sí que tiene gracia!

El muchacho descendió a la bodega. Ante todo, por parecerle menos peligrosa, se dirigió a la vaca.

—Señorita— exclamó con tono cómico—, lo siento mucho, pero usted y yo tenemos que ser buenos amigos. Y lo vamos a ser. ¡no faltaba más! No se queje, porque si la abandonamos aquí se morirá sin remisión, y la vamos a llevar a tierra, donde hay unos magníficos pastos y podrá usted solazarse a su gusto. ¿Está usted conforme, doña Resucitada?

«Muuu...», contestó el animal.

—Bueno, doña Resucitada. Supongo, a juzgar por esa exclamación monosilábica que acaba de pronunciar, y que a pesar de lo de monosilábica no quiere decir que tenga nada que ver con los monos, que está usted conformes. Vamos.

Dió un enérgico tirón al ronzal y el animal obedeció. Su salida de la bodega tuvo caracteres de verdadera odisea, pero al fin Jack logró hacerla subir a cubierta. Entonces se le escapó un suspiro y murmuró:

—¡Era más cómodo pasear del brazo de lady Angela!

Cuando William vió a Jack llegar vencedor llevando del ronzal a do-

ña Resucitada, no pudo menos que sonreír.

—¿Te ha costado trabajo, verdad, hijo mío?

—Más que hacerme el lazo de la corbata en un día de recepción, papá.

—Bueno; veo que las circunstancias te van haciendo cambiar, y que hasta te vuelves humorista. Esa es una buena condición. Si tu hermano Ernest no anduviera tan atareado con tu madre recogiendo provisiones, te explicaría que el humorismo es una gran cualidad. Precisamente, cuando el humorismo desaparece en la literatura de un país, es casi seguro de que éste camina hacia la decadencia.

—Ahora viene el segundo problema—dijo entonces Jack, que no las tenía todas con él.

—¿Qué te ocurre?

—¿Que qué me ocurre? Pues ahí es nada papá. La vaca me ha costado traerla a cubierta, pero yo no sé si lograré lo mismo con el toro.

—No tengas miedo. El toro te seguirá más dócilmente que la vaca.

—¿Y por qué?

—Sencillamente, porque se ha quedado solo, y cuando una persona se lleva la pareja de un animal, éste le sigue sin dificultades, ante la idea de reunirse con su compañera. Eso quiere decir, querido Jack, que

entre los animales también existe el sentido familiar...

Efectivamente, el toro, que tanto miedo daba a Jack, se dejó llevar casi dócilmente.

Lo demás fue, como vulgarmente se dice, cuestión de coser y cantar.

Con un barril a babor y otro a estribor, como humorísticamente dijo Jack, los dos animales fueron arrojados al agua, sosteniéndose a las mil maravillas. Ernest se encargó de sostener el roncal, que había de servir para que vaca y toro pudieran ser remolcados desde la balsa.

Ya resuelto aquel problema, continuó la carga de la balsa. El espíritu esencialmente práctico de William le hacía rebelarse contra ciertas exigencias de su mujer y sus hijos. Todos reclamaban cosas fútiles de su equipaje: Ernest, los libros; Fritz, sus uniformes; Jack, la ropa de lujo; Elizabeth, su clavicordio...

—Todo esto es imposible—gritaba Robinson—. No podemos llevarnos cosas pesadas, cuando son innecesarias. Ya sé que es culpa mía de que estemos aquí, pero hemos de afrontar las cosas con serenidad y resignación. La balsa está sobrecargada y no puede aguantar más. A duras penas flotaremos todos nosotros. Daos prisa.

De pronto Fritz llegó corriendo y lleno de alegría.

—¡Mamá!—dijo—. ¡Mira lo que he encontrado en el camarote del capitán! ¡Dinero para las colonias! Ahora es nuestro por derecho de salvamento, ¿no es esto?

—Sí—contestó Robinson—. Pero pesa demasiado para llevárnoslo. Correríamos un riesgo muy grande.

—¿No te lo quieres llevar?—dijo Elizabeth.

—De bien poco nos serviría en la isla, esposa mía. Aquí no hay más que un valor, que es el valor verdadero: el trabajo, a cambio del cual se obtiene el sustento. El oro, en determinadas circunstancias, no es nada... Lo que nos hemos de llevar son armas, pólvora, grano, sierras... Y aprisa, que me parece que el barco está a punto de hundirse.

Parecía que William lo adivinara todo. Apenas tuvieron listos los preparativos y saltaron a la balsa, el buque comenzó a hundirse...

Desde la borda se oían los ladridos dolorosos de dos canes: Turk y Reber, que, como sabemos, William había querido llevarse con él.

—¿Y vamos a dejarlos allí?—murmuró Elizabeth.

—No podemos volver al barco. El remolino haría zozobrar la balsa.

—¿Y no te dan lástima nuestros dos fieles compañeros?

—Tanta como te puedan dar a ti, esposa querida. Pero es quiero más a vosotros que a los perros, y ante todo, he de velar por vuestra vida y no por la de ellos. Por lo de-

más, no te aflijas, porque ya se ha resuelto el problema.

Y era verdad. Ernest había estado llamando a los dos fieles canes y éstos, al ver que la balsa se aflejaba, se arrojaron al agua y a nado siguieron a sus dueños.

LA ISLA DESCONOCIDA

CINCO minutos después, el buque acababa de hundirse y entonces los que iban en la balsa tuvieron ocasión de presenciar un espectáculo extraordinario. Gran cantidad de gansos y patos que iban en el buque se arrojaron al agua y comenzaron a nadar hacia tierra.

Guiados por ellos, no tardaron en llegar a una pequeña ensenada, donde pudieron fondear sin grandes dificultades. Una vez hubieron puesto todos pie en tierra, William Robinson se arrodilló, al tiempo que su esposa y sus hijos hacían lo mismo, y con voz profundamente conmovida, dijo:

—Dios mío: en lo más profundo de nuestro corazón te agradecemos el habernos salvado. A Ti que nos

has traído a través de tormentas y peligros sin cuento a esta nueva tierra, te rogamos nos guíes ahora y nos des valor para acatar tu voluntad. Amén.

Concluida la plegaria, todos se pusieron a descargar las innumerables cosas que habían cargado en la balsa. Robinson, a pesar de haber recibido un fuerte golpe al intentar llevarse el clavicordio, por el cual Elizabeth sentía, como sabemos, especial predilección, se mostró animoso como nunca. Organizaron una especie de campamento, y con las ropas que habían salvado improvisaron un lecho para Elizabeth.

—Procuraré—dijo William—rodearte de todas las comodidades que sea posible en esta isla desierta, donde, afortunadamente, por lo

LA FAMILIA ROBINSON



—Porque pienso que un hombre debe labrarse su porvenir con sus propias manos.

William Robinson redactó el documento solicitando la autorización para trasladarse a Australia.



Pero a los quince días ya todos los Robinson, excepto el jefe de la familia, empezaban a aburrirse.



—¿Te ha costado trabajo, verdad, hijo mío?

—Más que hacerme el anudo de la corbata...

LA FAMILIA ROBINSON



Dos días de esfuerzo requirió la construcción de la balsa, pero al amanecer del tercero Robinson vio sus deseos cumplidos.

—Este estúpido animal, que no quiere levantarse. Y eso que le hemos dicho de todo.

—Mirar si tiene bien puesto el collar.



Todos reclamaban cosas
fútiles de su equipaje. Er-
nest los libros, Fritz, sus
uniformes; Jack, la ropa de
Inje; Elisabeth, su clavi-
corlino.



—Lo que nos hemos de
llevar son armas, pólvora,
grano, sierras...

L A F A M I L I A R O B I N S O N



—Dios mío, en lo más profundo de nuestro corazón te agradecemos el habernos salvado.

—¿Y cómo moleremos el trigo?

—Pues con una piedra de molino que yo me encargo de fabricar.



—Hijos míos, ahora que estamos instalados comienza a ser hora de que hagamos de exploradores.



—Bueno, gracias a Dios, ya ha cesado de llover.



—Este paño de altar será
nuestra bandera—dijo Ro-
binson.

—La casa—exclamó,
En efecto, un rayo había
caído sobre la morada, con
tantos esfuerzos construida
por los Robinson, hundién-
dola casi totalmente.



Fritz y Jack regresaban a su patria,



—¿Y tú crees—dijo entonces ella—que yo podría dejarte? ¡No, William! Yo me quedaré contigo siempre.

que hemos visto, no hay seres humanos que nos hubiesen dado bastante trabajo, pues los naturales de estas tierras viven todavía en estado casi completamente salvaje. Haré cuanto pueda para que tu estancia aquí te sea agradable...

—Gracias, William—repuso Elizabeth, sinceramente emocionada—. Ya sé que aquí pocas comodidades he de hallar, pero todo lo soportaré resignada, y experimentaré, por lo menos, el placer de obederte...

—Gracias, querida — contestó William, no menos emocionado que su esposa.

Y luego añadió:

—La obediencia es una virtud, aunque algunas veces carezca de atractivos...

Pasaron los días, Elizabeth y los tres mozos se habituaron como podían a la nueva vida. Sólo había dos seres que se sentían verdaderamente felices: William y el pequeño Francis, a quien aquella nueva decoración parecía divertirle mucho.

Un día, Elizabeth se quejó de que las provisiones estaban a punto de agotarse. Como si la Providencia estuviese allí para obviar la dificultad, vióse llegar al pequeño Francis, que jugaba con un cangrejo.

—Dios nos trae la respuesta por mediación de nuestro pequeño vís-

tago—dijo William—. El nos dice que nuestra comida está en el mar. Vamos, Francis, enséñame dónde encontraré estos cangrejos.

Pronto supieron el lugar. Robinson, previsor, se había llevado del barco hilos y anzuelos. Encargó a Jack que se dedicase a la pesca, utilizando lombrices como cebo, y aquella noche pudieron deleitarse con gran cantidad de pescado.

También descubrieron gran cantidad de palmeras que daban unos dátiles excelentes, con los que pudieron regalarle como postre.

Otro día vieron comparecer a Francis, más contento que unas Pascuas, que llegaba caballero en una tortuga descomunal.

—Mira—dijo William—. Nuestro pequeño viene montado en la sopa de toda la familia.

Como abundaban en la playa grandes conchas, las utilizaron como platos y todos hubieron de confesar que habían cenado mejor que en un banquete regio.

La distribución del trabajo la organizaba William, que era a la vez cocinero, labrador y pastor. Jack lavaba los platos, o sean las conchas; Fritz cuidaba de las gallinas; y Ernest ayudaba a su madre a lavar la ropa y remendarla.

—¿Por qué no damos grano a las

gallinas?—preguntó Fritz los primeros días.

—Porque el grano que tenemos ha de ser para la siembra. Hay que preparar la cosecha del año que viene.

—¿Y estos animalitos?

—Dejadlos que se busquen la vida por el bosque, como hacemos nosotros. El grano es indispensable.

—¿Pero tú crees, William—preguntó entonces Elizabeth—que el año que viene estaremos aquí todavía?

—Yo no creo nada, pero lo que no quiero es que me cojan desprevenido.

—¿Y hemos de estar un año aquí?

—No lo sé.

—¿No vendrá nadie a rescatarnos?—dijo entonces Jack—. Si no vienen pronto, lady Angela no me esperará.

—Queridos — intervino Robinson — hay que hacer frente a la realidad. La tormenta nos desvió mucho de las rutas comerciales. Si algún barco pasa por aquí será una verdadera casualidad.

—¿Así hemos de renunciar a toda esperanza?

—¿Qué entendéis vosotros por esperanza? ¿Qué nos falta? Estamos todos aquí, viviendo en paz y armonía, lejos de aquel mundo cruel, es-

túpido y fementido que abandonamos hace unos meses. Vamos a creamos aquí una nueva situación, en la cual los chicos aprenderán a ser hombres. Un día, quizá, venga un barco y podamos trasladarnos a alguna colonia de Australia, donde hallaremos mayores comodidades; pero mientras tanto no hemos de pensar en otra cosa sino en trabajar y en mejorar nuestra situación. De momento lo más urgente es construir una casa.

—¿Una casa?

—¡Naturalmente! Ahora hace buen tiempo, pero no nos podemos pasar todos los meses del año al aire libre.

—¿Así vamos a vivir bajo techo?—preguntaron los tres hermanos a coro.

—¡No faltaría más! Hemos de construir una casa en la que haya todas las comodidades posible. Así trabajaremos más y mejor. Y desde mañana empezaremos a aserrar madera para construirla.

—A lo mejor pasa mientras tanto un barco y nos rescata...—insinuó Elizabeth.

—Mejor que mejor. Pero no nos hemos de dormir en este aspecto.

—Si pasa un barco de noche y no nos ve, seguirá su rumbo adelante —insinuó Elizabeth, firme en su esperanza de liberación—. ¿Por qué

no encendemos una hoguera, William?

—¡Sí, sí; una hoguera!—gritaron Fritz, Jack y Ernest a coro.

Robinson no dijo nada, pero hizo un gesto muy significativo.

—¿No quieres que nos rescaten, William?—inquirió entonces Elizabeth.

—Yo en la vida—contestó William, dirigiéndose a Elizabeth—sólo deseo una cosa: tu felicidad, y que estos muchachos crezcan para ser fuertes y sabios.

—¿Mi felicidad? ¿Y qué pueden aprender los chicos en este país salvaje?

—Pueden aprender a ser hombres en vez de desocupados. Ya han empezado a aprender.

Elizabeth hizo un mohín de disgusto.

—Empiezo a creer—dijo—que nos retienes deliberadamente en la isla.

* * *

Pronto quedaron puestos los cimientos de la casa. Eran muy rudimentarios, pero suficientes. Consistían en unos gruesos maderos clavados en el suelo, que servían al mismo tiempo de sustentación a unas tablas con las que William improvisó las paredes del recinto. Co-

mo madera no faltaba, pues la isla estaba llena de árboles, pudo hacerse la casa suficientemente holgada, y Elizabeth se maravilló al ver el ingenio de su marido, que terminó por llevar a cabo una obra maestra en la construcción, teniendo en cuenta los medios reducidos de que disponían.

La casa terminada, fué preciso pensar en los muebles. Y tampoco faltaron muebles. No podían rivalizar con los que se vendían en las lujosas tiendas de las grandes avenidas de Londres, pero, al fin y al cabo, cumplían la misión que les había sido asignada, que no era otra que proporcionar la comodidad suficiente a sus moradores.

Sillas, mesas, camas, y hasta un diván, salieron de las manos de William Robinson, muy bien secundado por Fritz, Jack y Ernest.

El pequeño Francis también les ayudaba en lo que podía. Cada día hacía descubrimientos. Un día llegó con un magnífico avestruz, sobre el cual le enseñaron a cabalgar y que, desde aquel momento, constituyó su diversión preferida.

Otra misión encomendada al pequeño Francis, era sostener a los corderos mientras les practicaban la tonsura, pues fué necesario recoger la lana para hacer colchones.

Elizabeth continuaba triste en su

nueva vida, pero en cambio sus hijos habían cambiado completamente. Ayudaban lo mejor que sabían y podían a su padre, hacían muchas cosas por sí mismos, y no se quejaban de su suerte. Al contrario. Parecía que la adversidad había templado sus almas, y ahora hacían frente con tesón y voluntad a todas las pequeñas contrariedades que surgían en aquel salvaje rincón del mundo.

Aunque el buque había embarrancado y estaba medio hundido, todavía fué posible penetrar en él. Robinson y sus hijos hicieron un viaje en la balsa que habían construido y pudieron llevarse varias cosas que les hacían falta, completando así sus enseres.

La esposa de William se mostró contenta aquel día, pues pudieron recuperar parte de su ropa que había quedado en el fondo del camarote. Un poco mojada estaba, pero puesta a secar quedó luego en condiciones bastante aceptables.

Pero los días pasaban y Elizabeth se iba sumiendo de nuevo en la melancolía. Sólo tenía una preocupación: que no se apagase la hoguera que encendían de noche por si pasaba algún barco que pudiese salvarles.

William, por su parte, permanecía indiferente ante la posibilidad

de aquel acontecimiento. En el fondo, deseaba que no les rescatasen. Ahora sus hijos se iban amoldando al género de vida que les convenía, y creía que sería una lástima truncar lo que él juzgaba una regeneración.

—Nos hemos salvado por un milagro de Dios—decía con frecuencia—y seguramente es por su voluntad que estamos aquí...

Ernest sentía la nostalgia de sus estudios. Había salvado varios cuadernos en blanco, sobre los que podía tomar notas, pero carecía de pluma y tinta. Un día su padre le dijo:

—¿Pero no se te ha ocurrido que aquí sobran plumas, precisamente, y de las mejores?

—¡Tienes razón! ¡Si la isla está llena de gansos!

Otro día descubrieron un cañaveral. Pero no un cañaveral vulgar, puesto que las cañas eran de azúcar. Fué una alegría indescriptible la que produjo el acontecimiento, pues si bien no les faltaban frutos dulces, necesitaban azúcar para la leche que ordeñaban de «doña Rosucitada».

—Tierra rica. Buena para el cultivo—decía William—. Una fuente magnífica con agua dulce, y al otro lado, un precioso lago. ¿Qué más podemos desear?

Los muchachos asentían sincera-

mente. La vida de náufragos, gracias al ingenio, la actividad y la voluntad de William, no tenía nada de desagradable. Ernest iba olvidando sus libros, Fritz sus uniformes y Jack casi ya no añoraba a lady Angela.

Preocupados hasta entonces por la construcción de la casa, por las mil y una cosas que hubieron de improvisar, los componentes de la familia Robinson no habían tenido tiempo de explorar la isla. Ello les obligaba a hacer guardias constantes, con lo cual el trabajo iba a ritmo bastante lento.

William hizo observar un día:

—Hijos míos: ahora que estamos ya instalados, comienza a ser hora de que hagamos de exploradores.

—¿De exploradores?

—Sí.

—¿Y qué vamos a explorar?

—¿Qué vamos a explorar? La isla.

—Será muy divertido — dijo Jack.

—Muy divertido; pero puede también tener sus peligros.

—¿Lo crees así, papá?

Fritz intervino:

—¡Yo no tengo miedo, papá!

—Ya lo supongo. Además, hijos

míos, estamos en una situación en la que no tenemos tiempo ni de tener miedo.

—Eso es verdad.

—Y, sin embargo, tenemos motivos para haberlo pasado.

—Efectivamente.

—Pues con esta exploración creo que se calmarán mucho nuestros nervios.

—¿Hemos de caminar mucho?

—preguntó Ernest.

—¿Crees que lo digo porque el caminar es un sedante?

—¡Oh! Yo creía...

—He dicho que se calmarán nuestros nervios porque hasta ahora no hemos sabido si realmente estábamos seguros en esta isla.

—Es verdad, papá. Hasta ahora hemos recorrido muy poco terreno.

—Pues es necesario recorrerlo todo, de cabo a rabo, y averiguar si en algún extremo de este rincón de tierra existen animales peligrosos. Hombres salvajes no creo que los haya, porque seguramente ya nos hubieran descubierto. Pero puede haber alguna alimaña que un día nos diera un disgusto y es preciso estar sobre aviso.

—Conforme.

—Pues id en busca de vuestras armas, cargarlas y adelante.

—¿Iremos todos?

—No. Solamente Jack y Ernest.

Tú, Fritz, que tienes dotes guerreras, te quedarás a hacer compañía a mamá y a Francis. No olvides, si algo ocurre, de avisarnos con tu silbato.

—Esté tranquilo, papá.

Y, pocos minutos después, William, Jack y Ernest se adentraban en el corazón de la isla.

* * *

Los tres hombres avanzaban con las debidas precauciones. Jack había propuesto llevarse a los dos fieles perros Turk y Rober, pero William objetó que los dos canes estaban mejor al lado de Elizabeth, aunque ésta se hallase acompañada por Fritz, en cuyas dotes guerreras William no creía mucho.

Además, «Turk» y «Rober» jugaban siempre con el pequeño Francis, y esto era una razón más para dejarles en el campamento.

La selva era bastante enmarañada. Hubo sitio en que los exploradores hubieron de abrirse paso cortando las lianas con los gruesos cuchillos de que iban provistos.

Como ya había previsto William, no se halló a ningún ser humano.

—Bueno—dijo al cabo de un rato—, me parece que por aquí no hay más habitantes racionales que

nosotros. Yo ya lo había supuesto al principio, pero bueno es convenirse, porque los habitantes de estas islas acostumbran tener muy malas pulgas.

Pero si no había salvajes abundaban, en cambio, los conejos, que huían atemorizados al ver aparecer a los exploradores.

—Lo que es comida no nos faltará—observó Ernest.

—Tú siempre tan romántico—observó Jack—. ¿Es en los clásicos donde se te ha despertado tu afición a la gastronomía?

—¿Y a ti la ironía, cómo es que no se te ha desarrollado estudiando las modas de Jorge Brummel?

—Bueno, no os peleéis—intervino William—, que vosotros estáis siempre como el perro y el gato. Atención, ahora que hablamos de animales, mirad lo que hay allí.

Era una magnífica pareja de canguros con varios cachorrillos.

—En caso necesario, podremos sacrificar alguno—dijo el padre—. La carne de estos animales es comestible.

De pronto, Jack resbaló y estuvo a punto de dar de narices contra un árbol.

—¿Qué te ha ocurrido, Jack?—preguntó William riendo.

—No sé... Que he puesto el pie sobre un tronco de árbol derribado

y he estado a punto de rodar al suelo.

Robinson se echó a reír.

—¡Ah, ya! Aquí había un tronco de árbol cuyas ramas había cortado alguien, y claro, ha dado media vuelta. Así es cómo se inventó la rueda, hijo mío.

—En lo sucesivo andaré con más cuidado. Ha sido una buena lección.

—No; no ha sido una lección, porque te he dicho una cosa y no me has escuchado.

—¿Qué era?

—Lo del árbol cuyas ramas estaban cortadas.

—¡Ah, pues es verdad! Ahora caigo.

—¿En qué?

—En que no habiendo seres humanos en la isla más que nosotros, y no habiendo estado nosotros aquí, ¿quién puede haber cortado las ramas?

—Nadie.

—¿Nadie? ¿Entonces cómo ha sido eso?

—Mira: el tronco del árbol se prepara a darte los buenos días y a sacarte de tu error.

—¡Por Júpiter!—exclamó entonces Jack dando un salto.

Una enorme cabeza de serpiente surgía por entre la maleza.

—El árbol que tú has creído pi-

sar no era otra cosa sino el cuerpo de esa serpiente.

Pero Jack no escuchaba. Había echado a correr como alma que lleva el diablo.

—¡Ven aquí, Jack! —le dijo su padre—. No temas, que esa serpiente no es venenosa.

—¿De verdad?—dijo Jack, volviendo sobre sus pasos.

—De verdad.

—De todos modos me ha asustado.

—¿A ti, tan bravo y decidido?

—Es que estos bichos tienen fama de ser animales de mal agüero.

—Mira, Jack: te prohíbo terminantemente que hables en mi presencia de supersticiones ridículas. Dios castiga a los supersticiosos, ¿sabes?

—Sí, papá.

—¿Y sabes por qué los castiga?

—¿Por malos?

—No. Por otra cosa peor.

—¿Por cuál?

—Por imbéciles, muchacho. A mí no hay cosa que me ponga más frénético.

—En vista de ello, yo propongo una cosa.

—¿Cuál?

—Que cuando volvamos a Londres, si es que volvemos, celebremos un banquete de trece personas, en un local que lleve el número tre-

ce, en día trece del mes, a la una del mediodía, que son las trece, que el almuerzo cueste trece chelines...

—Y que nos sirvan trece platos, ¿no?—completó Jack.

—¡Vamos! Tú siempre reprochándome mis aficiones gastronómicas.

—¿Qué le quieres hacer, hermano mío! Con una cosa o con otra hay que divertirse.

—Más valiera que os fijarais en

la calidad del terreno—dijo entonces el padre—. Yo lo estoy mirando hace rato y me parece que es excelente para el cultivo. De manera que ahora que ya estamos tranquilos respecto a nuestra seguridad en la isla, tenemos que ponernos al trabajo y de firme.

—¿Y qué hemos de hacer?

—De momento sentarnos y descansar un poco. Os voy a explicar lo que me propongo hacer.

LOS PLANES DE WILLIAM ROBINSON

LOS dos muchachos obedecieron y se sentaron a la sombra de un copudo árbol.

—Asegúrate primero de que no sea una serpiente que se ha puesto en pie—dijo Ernest con sorna a Jack.

—He hojeado tus libros de historia natural—repuso Jack riendo—y por ellos me he enterado de una cosa.

—¿De qué?

—De que no hay ninguna serpiente que eche raíces.

—No, no; dejalos de bromas—interrumpió Robinson—, y escuchadme.

—Somos todo orejas—dijo Jack.

—¡Protesto! — saltó Ernest—.

Seremos todo oídos, porque si fuésemos todo orejas seríamos...

—Si; seriais asnos — exclamó William—. Mira: ese chistecito lo oí hace bastante tiempo en Londres a uno de tus amigos y tengo que confesarte que me hizo cierta gracia. Ahora, que como te lo he oído contar ya por lo menos dos docenas de veces, y me quedo corto, empieza ya a darme grima. Escucha.

Aunque William reprendía a sus dos hijos por las chanzas y pullas con que se «obsequiaban» mutuamente, y se creía en el deber de reprenderles aquellas explosiones de buen humor, que no había podido observar nunca en ellos hasta que arribaron a la isla desierta, le satisfacían.

—Ya sabéis cuánto interés puse yo en salvar el grano que había a bordo del bergantín, y cómo me opuse a que se malgastase dándolo a las gallinas. El trigo es una cosa muy importante. Claro que me diréis que hasta ahora hemos pasado sin pan. ¿Pero quién os dice que por cualquier circunstancia nos veamos obligados a permanecer unos días encerrados en nuestra casa? Una tempestad de lluvia, por ejemplo...

—En efecto.

—¿Y entonces qué comeremos? Aunque tengamos provisiones frescas y no se nos agoten se nos descompondrán, que es peor. En cambio, el pan se conserva largos días. Es necesario sembrar trigo y preparar la cosecha.

—Muy bien.

—Muy bien.

—Muy bien, pero muy complicado. Más de lo que os parece. Hay que empezar por poner la tierra en condiciones, para lo cual hay que arrancar toda la maleza, que no es poca. Después arar la tierra, para lo cual el toro y la vaca vendrán muy bien. Luego hay que sembrar... y esperar la hora de la siega, de la trilla.

—¿Y cómo moleremos el trigo?

—Pues con una piedra de molino que yo me encargo de fabricar.

—Realmente, papá, piensas en todo.

—La Providencia me ayuda. Si no hubiese pensado en todo no estaríamos vivos. Claro que me podéis decir que podíamos no habernos movido de Londres. Pero aquel ambiente no os convenía. Y la prueba de ello es una cosa: que ahora os veo más sanos de cuerpo y de espíritu que entonces. Y, sobre todo, de muy buen humor.

—Así es, en efecto, papá—dijeron a coro los dos hermanos.

Y tras un silencio:

—A Fritz, que está acostumbrado a domar caballos, le encargaremos que enganche toro y vaca al arado. Y tú, Jack, cuidarás de llevarlos. No es muy difícil.

—Bien—dijo entonces Ernest—. Ya tenemos la tierra en condiciones, el grano sembrado y las espigas doradas, maduras, y la siega hecha, y las gavillas trilladas, y la paja ayentada... ¿Y cómo haremos el pan?

—Pues muy sencillamente—contestó William—. Antes de hacer panes de trigo yo haré panes de tierra.

—¿Para hacer prácticas?

—¡No, hombre, no! Esos panes de tierra no serán otra cosa que ladrillos. Fabricar ladrillos es facilísimo. Se hacen unos moldes de ma-

dera, se rellenan de tierra, convenientemente mojada, se ponen a secar al sol, y ya está hecho el milagro.

—¡Y con esos ladrillos construirás un horno!

—Eso mismo. Veo, chico, que te vuelves muy listo. Un horno requiere una porción de trabajo, porque si uno no se las compone de manera que la chimenea tire bien, sale el pan cubierto de negro humo, y más que pan, parece carbón. Pero yo saldré adelante, y además, de este modo, cuando queráis asar algún canguro, os haré un plato que os chuparéis los dedos, como si estuviésteis en la fonda más distinguida de Londres.

—Con un poco de paciencia, y puesto que no nos falta azúcar y frutos dulces... cuando tengamos harina podremos llegar a fabricar pasteles.

—A este paso creo que hasta vamos a celebrar reuniones para tomar el té de las cinco. Ahora, que no sé a quién invitaremos. Porque ni a los avestruces ni a los canguros no creo que les agraden semejantes refinamientos...

Cuando, terminada la exploración de la isla, los excursionistas llegaron

a casa dieron cuenta a Elizabeth de los planes que habían madurado; ésta no pareció muy satisfecha.

—Estoy viendo—dijo con desazón—que vamos a quedarnos aquí para toda la vida.

—Y esta perspectiva no te satisface, ¿verdad, querida?

—¿A qué voy a engañarte?

—Tienes razón, Elizabeth. Tú tienes unos puntos de mira, yo otros... Pero está dado el paso definitivo y no podemos retroceder.

—No podemos retroceder, William, pero podemos intentar salir de aquí.

—¿De qué manera?

—Del mismo modo que habéis podido construir una casa podéis construir un barco...

—¡Un barco!—dijeron los tres hermanos a una.

—Realmente — asintió luego Jack—, abundando la madera como abunda, no creo que hubiese dificultades...

—Dificultades hay muchas—contestó Robinson—. Es una labor de varios meses... Y una vez construido el barco, ¡no son pocas las cosas que hay que llevarse! A bordo de un barco no se puede cazar, ni podemos llevarnos grandes provisiones de agua dulce, ni es fácil hacer fuego...

—Pero si con él podemos llegar a las playas civilizadas...

—¿Y dónde están esas playas? ¿Lo sabéis vosotros, acaso?

Todos permanecieron en silencio.

—Vale más que nos organicemos contando con nosotros mismos— prosiguió William Robinson—. Sin cifrar nuestras esperanzas en el hecho hipotético de que podamos salir de aquí. Si lo logramos, mejor que mejor.

—¿Entonces hemos de vivir sin ilusiones?—musitó Elizabeth.

—¿Ilusiones? ¡Pero si podemos abrigar muchas! Fundar una colonia, ensanchar nuestra actividad, crear campos de cultivo, criar ganado... ¿Os parece poco?

—A mí sí—replicó Elizabeth con tono desabrido.

—Pues a nosotros no—contestaron los tres hermanos a una.

Una expresión de intensa alegría iluminó la faz de Robinson.

—¡Ahora empezáis a ser como yo quiero, hijos míos!

Una de las cosas que más molestaba a Elizabeth era cocinar. No estaba acostumbrada a ello. En Londres tenían una vieja criada que resolvía bastante bien el problema. Pero una vez en la isla, hubo de habituarse.

Al principio, era su propio marido quien cuidaba de tal menester,

pero ella comprendía que a William el tiempo le hacía falta para otras cosas y quiso suplirle, con más buen deseo que acierto.

A veces se distraía y ponía más sal de la debida, resultando que la comida resultaba un desastre. Otras veces se le quemaba el asado. Otras el pescado resultaba crudo.

—¡Ah, Señor! —suspiraba—. ¡Cuánto siento no haberme preocupado nunca de la cocina cuando estaba en casa!

Ernest procuraba animarla.

—No te preocupes, mamá —le decía—. Cocinar es hervir agua con cosas dentro.

—Tu definición es primaria, aunque exacta. Ahora, que hay que procurar que esas cosas hervidas estén después en su punto. Y eso ya resulta más difícil.

—Quizá no, mamá. La prueba es que los guisos que nos sirves siempre nos gustan.

—Lo hacéis ver, hijos míos. ¿Creéis que no me doy cuenta?

—¿De qué?

—¿De que añoráis nuestra cocina de Londres.

—Te aseguro, mamá, que no.

—La otra noche me di cuenta de ello. Papá comió muy poco, diciendo que no tenía apetito, y luego se fué al boxque a darse un hartón de dátiles.

—No, no fué eso. Es que tenía calor y quiso salir a dar un paseo después de cenar. Y claro, con el ejercicio se le despertó el apetito, y por no molestarte pidiéndote más comida...

—No intentes engañarme, Ernest, que yo tengo más años que tú y veo las cosas muy claras.

Hubo un silencio.

—Sin embargo—prosiguió Elizabeth—, me parece que esta noche quedaréis contentos. Os hago una sopa de pescado muy variado. Gambas, peces voladores, almejas, cangrejos, moluscos y ostras. Para sazón tenemos jengibre silvestre.

Y efectivamente, aquella sopa, si no porque estaba muy cargada de sal, porque Elizabeth se distrajo al sazónarla, resultó bastante aceptable, en el marco primitivo en que tenían que vivir los Robinson.

• • •

Robinson y sus tres hijos dieron pronto cima a la labor que habían emprendido de sembrar un campo de trigo. «Doña Resucitada» y su compañero el toro se portaban a las mil maravillas, y en pocas semanas quedó la tierra desbrozada, arada y sembrada.

—Ahora el sol y la lluvia harán el resto, hijos míos—dijo Robinson.

Y tras un silencio:

—Trajimos muchas cosas del barco que no hemos tenido ocasión todavía de ordenar. ¿Qué os parece, muchachos, si hiciésemos un inventario?

—¡Magnífico!

—Pues vamos allá.

Efectivamente, quedaban muchas cosas por clasificar y que eran de bastante utilidad. Robinson descubrió con alegría un magnífico paño de altar.

—Esto es muy importante—dijo.

—¿Qué quieres hacer con él?

—Ahora lo veréis.

Fuó al bosque y regresó con un largo mástil hecho de un tronco delgado. Lo colocó en el tejado de la casa y en lo alto del mástil colgó el paño sagrado.

—Este paño de altar—dijo—será nuestra bandera. No podíamos escoger cosa mejor. Es símbolo de paz y de buena voluntad entre los hombres. Ahora que ya he puesto bandera en la isla, yo reclamo este lugar de la tierra para todos aquellos que quieran vivir en paz con sus hermanos los hombres, ignorando la lucha entre ellos y reinando siempre la felicidad.

—La felicidad...—dijo para sí con tristeza Elizabeth.

Cada día aportaba nuevas sorpresas a los Robinson. No pasaban veinticuatro horas sin que hubiese

algún suceso que comentar, nimio en verdad; pero al que el alejamiento a que se veían condenados hacia se le diese siempre importancia.

Una de las cosas que más ilusión hicieron al pequeño Francis fué que su inseparable amigo el avestruz, con quien jugaba frecuentemente, puso un huevo. Robinson opinó que frito sería muy bueno, pues aunque la carne de avestruz no es comestible, con los huevos ocurre lo contrario. Lo encontraron más sabroso que los de gallina, y como era muy grande, pudieron partírselo entre todos para saber qué gusto tenía.

Otro día ocurrió un incidente cómico. A la vaca no le vino en gana levantarse para trabajar. En vano acudió Fritz, pero ni éste ni Jack lograron vencer su inercia. William tuvo que acudir.

—¿Qué os pasa, chicos?

—Este estúpido animal que no quiere levantara. Y eso que le hemos dicho de todo: burro, imbecil, gandul... ¡y como si cantáramos!

—Mejor que todo eso sería mirar si tiene puesto el collar.

Y efectivamente, el collar sí que le llevaba bien puesto, pero se le había enredado el ronzal entre las patas y por eso el pobre animal no podía levantarse.

—Ahora—dijo William—no es-

taría de más que el animalito supiera hablar y os repitiera los epítetos con que le habéis obsequiado cuando no podía ponerse en pie. Hay que observar bien las cosas, chicos. Claro que ninguno de nosotros es muy experto todavía. Yo hice una balsa malísima, y vosotros no tenéis más que dedos y manos, pero eso no debe preocuparos. Aprender a hacer las cosas constituirá para todos nosotros una gran satisfacción.

* * *

Otro problema se presentó al poco tiempo a los naufragos. Se estaban quedando sin ropa. Por muchas mañanas que desplegaba Elizabeth, puede decirse que ya no encontraba sitio donde zurcir o remendar.

Es cierto que a los muchachos les quedaban los trajes de etiqueta. Pero Jack, que ya sabemos que en cuestiones de elegancia era el árbitro entre los tres hermanos, opinaba que había que guardarlos por si algún día venía un barco y lograba rescatarlos.

—¡Rescatarnos! —decía Elizabeth—. ¡Nunca! ¡Nunca vendrá aquí ningún barco!

—En realidad, nuestra hoguera hasta ahora no ha atraído otra cosa sino polillas—observó Jack.

—No os pongáis de mal humor —dijo William Robinson—. Pensad en el presente y no en el futuro. Estamos en una situación en que hemos de confiar únicamente en nuestro propio esfuerzo. De modo que es cuestión de resolver el problema del vestido.

—No creo que pretendas montar aquí una fábrica de tejidos.

—Ni muchísimo menos. Y una sastrería, tampoco.

—¿Pues qué solución tienes?

—Una muy sencilla. La isla, del mismo modo que nos ha dado de comer, tendrá que vestirnos.

—¿Y cómo lo hará?

—¿Cómo lo haremos? Abundan mucho los antílopes en la isla y su piel es utilizada por los indígenas de estas latitudes para vestirse. ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?

—Cuando yo vea que mis hijos se han vestido con pieles sabré que se han convertido en salvajes —dijo la esposa de William.

—Nada de eso, querida —contestó éste—. Hay un refrán que dice que el hábito no hace el monje.

—Bueno —dijo Jack, dirigiéndose a Ernest—. Pues ya sabes lo que te toca. Mañana sales por el bosque y a ver si me cazas un par de pantalones.

—¿Los quieres lisos o a rayas?

—Eso tú mismo. Tú que lees tanto, ¿sabes cómo los llevaba Sócrates?

—Abombados, gracioso. Bueno, no te preocupes, que ya procuraré que sean lo más elegante posible.

—En compensación, otro día saldré yo y te cazaré una chaqueta. El trabajo tiene que ser bien repartido...

—Y también os habéis de preocupar de cazar alguna piel para vuestra madre. Cuando las noches empiecen a ser frías no le vendrá mal ponerse al cuello la piel de cualquier animalejo que encontréis por ahí...

EL BARCO

ERNEST cumplió como un perfecto cazador. En tres mañanas proveyó de pieles de antilope a toda la familia. Para celebrarlo, William, que había fabricado unas hermosas pipas de madera de cedro, le regaló una y dijo a su esposa:

—Creo que le podemos permitir que fume una pipa esta noche por lo bien que se ha portado, ¿no te parece?

—Sí.

—Comienzo a estar orgulloso de él y de sus hermanos.

—En efecto—dijo Elizabeth—, cada día se parecen más a ti.

—Gracias, querida mía. Sin embargo, y a pesar de ello, sigo viéndote triste y melancólica.

—Yo esperaba que nuestros hi-

jos, gracias a la educación que estaban recibiendo en Inglaterra, llegasen a ocupar puestos importantes en el mundo.

—Elizabeth: estamos mucho mejor en este otro mundo que en aquel tan turbulento que dejamos. Estoy seguro que muchas familias se cambiarían gustosas por nosotros si vieran nuestra felicidad, nuestra vida de paz. Tú también podrías ser feliz. ¿Por qué no lo intentas? Anda, para celebrar esta decisión haznos un poco de música...

La esposa de Robinson obedeció y se sentó al clavicordio. Pero se veía bien que tocaba con el cerebro y no con el corazón...

Ernest fumó su pipa muy orondo después de tenérselas con Jack, que le llamó «mocosos», diciendo que a

duras penas le empezaba a salir vello en el pecho. Pero el antiguo pretendiente de lady Angela hubo de callar cuando Fritz le anunció que aquella noche le tocaba lavar los platos.

* * *

Llegó la temporada de las lluvias.

Nadie que no haya estado en los trópicos puede darse cuenta de lo deprimente que resulta para los nervios el pasarse días y días encerrado en casa, viendo caer una lluvia fina y uniforme, cuya monotonía acaba de hacerse insoportable.

William sabía hacer a mal tiempo buena cara. Aunque recluido en la casa, siempre tenía algo que hacer. Fabricó varios utensilios domésticos de cuya necesidad se había dado cuenta durante aquellos días, arregló unas ventanas que no ajustaban bien y modificó la disposición del comedor, de manera que quedara más ancho.

Los muchachos ya no se distrajerón tanto. Claro que ayudaron a su padre, pero estaban habituados a trabajar al aire libre y encerrados en casa no sabían pasar las horas. Francis jugaba con «Turk» y «Robert», los dos perritos traídos de Inglaterra, y Elizabeth buscaba en

vano alguna distracción, cuando se le ocurrió una cosa.

—Oye, Ernest, ¿no te gustaría practicar un poco el francés? Me parece que lo debes tener ya casi olvidado. ¡A ver!

Y empezó a dictar un texto sencillo al muchacho. Pero al cabo de un rato y mientras hacía las correcciones ortográficas, Ernest exclamó:

—¿Y para qué me va a servir todo esto en este rincón perdido del mundo?

—Hijo mío, estudiar siempre es útil...

—Esta lluvia me pone nervioso. Empezar y acabar cada día a la misma hora.

—Sí, hijo mío. Aquí todo es siempre igual.

En aquel momento, William Robinson se acercaba al grupo que formaban su esposa y Ernest.

—Bueno—dijo—, gracias a Dios ya ha cesado de llover.

—William—exclamó entonces Elizabeth con acento persuasivo—: aquí estamos sentados día tras día, preparándonos para pasar otro verano, otro año... ¿Por qué no construir un barco, siquiera, empezar uno y así pondríamos en ello nuestras ilusiones, alguna esperanza?...

—Ya hablamos de eso en otra ocasión, querida. Para construir un

barco en el que se pudiese confiar necesitaríamos al menos un año, y eso abandonando gran parte de nuestro trabajo...

—Bueno. Más vale tarde que nunca.

—Y cuando el barco estuviese construido, ¿quién lo conduciría?

—Tú podrías hacerlo, papá—repuso Ernest.

—Yo no soy marino, muchacho.

Fritz creyó del caso intervenir:

—Podríamos aprender a navegar antes de salir de la isla. Tenemos la brújula del barco.

—¿Y rumbo a qué tierra te dirigirías, Fritz?

—¿Qué te parece la isla que vimos ocho días antes del naufragio, papá?

—Los mapas del capitán se hundieron con el buque, hijo mío. ¿Cómo podría fijar el rumbo?

—Entonces—dijo Elizabeth—, ¿vamos a seguir así?

—Hasta que venga un barco.

En aquel momento se oyó un agudo chillido.

—¡La trampa!—gritaron todos.

Era una trampa que habían montado para coger animales dañinos. Robinson salió corriendo y vió con espanto que quien había caído en la trampa era el pequeño Francis, que pudo ser librado con más susto que daño.

—Podía haberse matado—dijo Elizabeth.

—¿Es justo que me culpes a mí?—exclamó William.

—Tú tienes la culpa.

—¿Tanto rencor me guardas?

—¿Cómo puedo evitarlo si has arrancado de mi vida todas las ilusiones que tenía?

—¿Todas las ilusiones?

—Sí.

Los dos esposos permanecieron en silencio unos instantes. Al fin, Elizabeth se decidió a hablar.

—William—le dijo—, Yo te quise mucho una vez.

—Una vez...—repitió William con melancolía.

—Eras comprensivo y cariñoso—prosiguió Elizabeth—, pero cuando dejamos Suiza para ir a Inglaterra cambiaste.

Robinson bajó la vista.

—Elizabeth... Elizabeth—murmuró con voz casi suplicante—. ¿Quieres decir que tu amor por mí ya no existe?

—¿Qué otra cosa podías esperar? O no apreciabas mucho mi amor, William, o demostraste ser poco inteligente... Tú debiste comprender lo que significaría para mí el arrancarme de mi hogar... de mis costumbres...

—No, no lo sabía—dijo Robinson—. Pero eso no es una razón,

Creí que aquí encontraríamos todos una vida mejor. De no ser así nunca hubiese venido, porque aunque quiero a mis hijos profundamente, te quiero más a ti, muchísimo más...

* * *

Pocos días después, los tres hermanos tuvieron un conciliábulo.

—Hay que decidir a papá para que construya el barco. Deberíamos hablar con él. Concretar algo...

Hablaron largamente. Lo que no sabían era cómo plantear el asunto.

—Háblale tú —decía Fritz a Jack—. Tú hablas mejor.

—Pero tú eres el mayor.

—No me atrevo. Quizá tú, Ernest, que eres el más ilustrado y en tus clásicos hallarás argumentos adecuados para convencerle.

Al principio todos estaban asustados. Por fin acordaron hablarle en colectividad. Balbuceando torpemente, los tres chicos cumplieron su misión lo mejor que supieron. William Robinson, al contrario de lo que ellos esperaban, no se enfadó.

—Esta madera —se limitó a decir, señalando un grueso tronco de árbol— hará una buena quilla.

LA TEMPESTAD

DESDE aquel día, Elizabeth cambió completamente de aspecto. Ya no era la mujer taciturna de antes. Trabajaba con el mejor gusto, reía, saltaba como si tuviera quince años, y entonaba muchas veces sus canciones favoritas, acompañándose del clavicordio.

—Da gusto oír cantar a mamá, ¿verdad?—decía Ernest a su padre.

—Sí... sí...—contestaba éste distraídamente.

Y trabajaba con la mejor fe en la construcción del barco, cosa que dados los escasos medios de que disponía constituía para él un verdadero prodigio de habilidad.

Fritz, Jack y Ernest le ayudaban con la mayor voluntad.

—Primero agricultores — decía Jack—, luego ganaderos, más tarde constructores de edificios, ahora carpinteros de ribera. Me parece, papá, que no tendrás motivos de queja de nosotros. Hemos aprendido ya no sabemos cuántos oficios.

—El más importante que estáis aprendiendo es a saber ser hombres.

Meses y meses, Robinson y sus tres hijos, robando horas al descanso, pues no podían consagrar todo el día a aquella tarea, trabajaron en la construcción del buque.

A Elizabeth le parecía que no iban demasiado aprisa y frecuentemente reconvenía por ello a sus hijos, si bien no se atrevía a hacer lo mismo con William.

—¿Pero es posible—preguntaba a los muchachos—que cueste tanto tiempo hacer un barco?

—Es un poco más complicado que hacer unos zuecos—respondía Fritz sonriendo.

Y deliberadamente le ocultaba que aunque de la parte externa el buque parecía estar bastante adelantado, faltaba luego la parte interna que era la más difícil y complicada.

—Yo creo—seguía diciendo Elizabeth—que os entretenéis demasiado en los detalles.

—Mamá querida — intervenía Ernest—, ten en cuenta que no se trata de ponerle adornos ni muchísimo menos, pero sí de dotarlo de las condiciones necesarias de seguridad.

—Sí—afirmaba Jack—. Porque supongo que no querrás que naufraguemos otra vez, ¿verdad?

—¡Oh, no! ¡Eso sí que no!

—Sobre todo—decía Jack—, porque si este buque se va a pique estamos perdidos irremisiblemente. Cuando naufragamos con el bergantín tuvimos la ventaja de que a bordo había muchas cosas.

—¡En verdad que es así! ¡Cuántas cosas buenas se perdieron!

—¿Te acuerdas de aquellos barriles de tocino salado?

—¿Y de las cajas de arenques?

—¿Y de la harina para hacer pan que se estropeó toda por efecto del agua?

—Pues piensa, mamá, que no podremos llevarnos nada de eso, sino únicamente lo indispensable. Tampoco caben en él el toro y la vaca, y ni siquiera ninguno de sus descendientes.

—Por consiguiente es preciso adoptar todas las precauciones necesarias para que el barco ofrezca la mayor seguridad posible.

En aquel momento llegaba William.

—Bueno, hemos trabajado mucho y bien—dijo—. Todo va por buen camino.

—¿Y cuándo quedará listo el barco?—preguntó Elizabeth con ansia impaciente.

—Elizabeth querida, no te impacientes, ni nos pidas plazos para cosas que no sabemos cómo ni cuándo podremos terminar.

—Pero a mí los días se me antojan meses.

—Lo comprendo, querida. A mí las horas se me antojan siglos, cuando estas horas las empleamos en construir la embarcación—dijo William.

—Eso quiere decir que la construyes a disgusto.

—Eso quiere decir que tenemos el tiempo muy justo. Que hemos de

tomar nuestras precauciones para no vernos faltos de subsistencias. Que hay que cuidar la tierra, el ganado, las aves... Que estamos aquí abandonados a nuestra propia suerte, y que sería absurdo que, pensando en nuestra próxima liberación por medio del barco que estamos construyendo, nos encontráramos un día como la cigarra de la fábula.

—¿Pero es que no tenemos grandes provisiones?

—Sí; tenemos provisiones para varios meses. Pero ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Del mismo modo que naufragó el bergantín y se perdió casi toda la carga, podemos naufragar nosotros en esta isla.

—¿Naufragar en tierra firme?

—Naufragar en el sentido exacto de la palabra, no; pero nos pueden ocurrir otras cosas.

—¿Cuáles?

—Tú no sabes lo que son las tempestades. Tuviste ocasión de presenciar una a bordo del bergantín, y puedo asegurarte que en tierra tales fenómenos son tan peligrosos como en el mar. Y no hay sólo ese peligro, sino otros.

—¿Cuáles?

—El de un incendio, por ejemplo.

—¿Cómo se va a producir aquí un incendio?

—Es una cosa muy posible. Lo

puede provocar la hoguera que encendemos de noche para avisar a los barcos que puedan pasar por aquí.

—Estoy viendo—dijo Elizabeth, cada vez más nerviosa—que no tienes el menor deseo de marchar de aquí.

—¿Por qué? ¿No estamos haciendo el barco los muchachos y yo, robando horas al sueño?

—Sí, pero lo hacéis de mala gana.

—Nadie te ha dicho tal cosa.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Si hasta te sabe mal que permanezca encendida la hoguera!

—Elizabeth querida, no seas impaciente ni te descompongas. Hablábamos de peligros y no he aludido a uno. No tengo la menor idea de apagar la hoguera, aunque signifique un peligro, peligro que con ello tampoco evitaríamos, porque el fuego se puede prender de muchas maneras; por ejemplo: con el horno del pan, con una chispa de nuestras pipas, y hasta por combustión espontánea, dado el calor que reina a veces en estas latitudes. De manera que toma todas mis observaciones en el buen sentido y no veas en ellas reticencias. De todos modos, para que estés contenta, te prometo, mejor dicho, te prometemos, ¿verdad, muchachos?, que acelerare-

mos tanto como podemos la construcción del barco.

Al día siguiente, cuando Robinson y sus tres hijos salieron al bosque, donde se construía la embarcación, William habló de este modo a los muchachos:

—Queridos míos: ya visteis ayer cómo se puso vuestra madre al ver que la construcción del barco no adelanta. Fuisteis muy discretos no mezclándoos en la conversación, porque vosotros sabéis muy bien, e hicisteis perfectamente en no decirlo, que el buque está, por así decirlo, en mantillas.

—Hay mucho que hacer, papá —dijo Jack—, y aun me asombro de que con ser poco, se haya hecho todo esto en tan poco tiempo.

—Pero vuestra madre debe ignorar esta amarga verdad.

—Hacemos todo cuanto podemos para que no se dé cuenta de ello —dijo entonces Fritz.

—Y yo le digo que ahora iremos mucho más aprisa —exclamó Ernest.

—Empiezo a estar contento de vosotros, hijos míos—dijo entonces William, abrazando emocionado a los tres muchachos—. Veo ahora que os habéis acostumbrado a enfrentaros con la realidad de la vida y que no experimentáis la impaciencia de vuestra santa madre por sa-

lir de aquí. Ya sé, de todos modos, que preferiríais estar en Londres. Es muy comprensible. Pero para aprender a gustar el dulce hay que haber probado lo amargo. Cuando tú, Fritz, venías disgustado a casa porque no habías obtenido un premio en el concurso de tiro al blanco, ¿te dabas cuenta de la poca importancia que tenían tales preocupaciones cuando tantos y tantos seres, humanos como tú, y tan dignos como tú, estaban trabajando horas y horas para labrar la tierra, para abatir árboles corpulentos, para curtir unas pieles?

—No, papá. Y ahora comprendo que era un imbécil de disgustarme y conceder importancia a cosas tan nimias.

—No, Fritz. Tú no eras un imbécil. Todos los hombres somos hijos de la educación que hemos recibido. Y por eso yo he querido que tengáis una educación sana, que os desarrolléis de cara a la vida, afrontando sin temor vuestras dificultades, si es que se presentan. Estoy seguro de que Jack se encuentra ahora mejor con sus rústicas vestiduras de antilope que con las levitas que le cortaban sus mejores sastres de la capital británica.

—Sobre todo, papá, que es mucho más cómoda. No sé cómo he podido, en otros tiempos, someter-

me a la tortura de los trajes de etiqueta, cuando ahora voy tan holgado.

—Y tú, Ernest, estoy seguro de que en el gran libro abierto de esta isla desconocida, a pesar de no ser más que una página en blanco que hemos tenido que llenar nosotros con nuestro trabajo, has aprendido más que leyendo a Cicerón.

—Estábamos equivocados, papá —dijeron entonces los tres muchachos, bajando la vista.

—Estabais equivocados... Pero eso no lo tenéis que decir bajando la vista, porque eso no es ningún pecado ni os tiene que dar vergüenza. Miradme cara a cara, y prometedme ser siempre como habéis sido estos últimos días: fuertes, animosos, decididos, valientes y con ello me llenaréis de felicidad y de orgullo, porque así el día que cierre los ojos por postrera vez, y Dios me llame a su seno, yo abandonaré tranquilo esta vida terrena, porque habré cumplido con el deber primordial que tiene un padre: educar bien a sus hijos...

—Papá... —balbucieron los tres muchachos, sinceramente emocionados—. ¡Cuánto has hecho por nosotros... y cuán grande ha sido tu sacrificio! Porque a ti, para aprender a saber lo que es la vida, no te hacía falta venir a esta isla desierta.

El estallido de un trueno vino a interrumpir la escena.

—¡Por Júpiter! —dijo William—. ¡Tenemos tormenta!

En un momento se desencadenó un aguacero imponente que bien pronto se convirtió en tromba.

—Vámonos a casa, hijos míos —dijo William—, porque aquí vamos a quedar hechos una sopa.

Cuando llegaron a casa llovía a mares.

—¿No socavaré el agua los cimientos de esta casa? —preguntó Elizabeth, asustada.

—No es fácil. Puse unas buenas estacas y se habría de resblandecer mucho la tierra para que ello ocurriese.

—Cae el agua a cántaros.

—Sí, pero la lluvia en estas latitudes dura poco rato.

—De todas maneras estoy un poco inquieta. Trueno muy fuerte.

—En efecto, pero eso no es nada.

A los truenos siguieron muchos relámpagos.

De pronto oyóse un estruendo horrible.

—Ha caído un rayo —dijo William—. Esto ya es más peligroso. Vamos, muchachos, coged todas las herramientas y sacadlas al campo. Quedaremos todos hechos unos patos, pero hay que sacar el hierro de

aquí, no sea cosa que atraiga alguna exhalación.

Otro estruendo igual resonó cerca de la casa.

—Una cosa con la cual yo no había contado—dijo Robinson—. Debí andar más de prisa en cortar los árboles que hay alrededor de la casa. Los árboles atraen los rayos.

—¿Qué dices, William?—exclamó Elizabeth, asustada.

—No te aterrices, que también saldremos de ésta, como hemos salido de otras. De momento, lo que hemos de hacer es abandonar la casa.

—¿Y dónde nos cobijaremos?

—No habrá más remedio que aguntar el chaparrón a pie firme, y en medio del campo, donde tenemos sembrado el trigo. Si permanecemos cobijados bajo los árboles, el peligro será el mismo. Anda, Ernest; coge a Francis y vámonos todos.

Horas y horas, calados hasta los huesos, hubieron de permanecer alejados de la casa. Cada vez tronaba con mayor intensidad. Caían rayos a puñados, desgajando árboles. Los animales aullaban, corriendo aterrorizados.

—El trabajo será después para recuperar el ganado—dijo William—. Pero no hay otro remedio si queremos conservar nuestras vidas.

De pronto, un grito de angustia se escapó de los labios de Elizabeth.

—¡La casa!—exclamó.

En efecto: un rayo había caído sobre la morada con tantos esfuerzos construida por los Robinson, hundiéndola casi totalmente.

—Suerte que fui previsor—dijo Robinson.

—¡Oh, Dios mío!—gritó en aquel instante Elizabeth—. ¡Mira, William! ¡Mirad, hijos míos! ¡El barco! ¡El barco! ¡El barco!

En efecto, un rayo había desgajado completamente un árbol, que vino a caer sobre la nave en construcción, aplastándola completamente bajo su peso.

Elizabeth se echó a llorar amargamente.

—No llores, esposa mía, no llores—le decía William—. No llores ni te aflijas. Volveremos a empezar. Serán unos meses más de espera, eso es todo.

—¡No puedo soportarlo!—gritó la esposa de Robinson, en el paroxismo de la desesperación—. ¡No puedo soportarlo! ¡Mira lo que tu maravillosa isla ha hecho con nosotros! Por poco hemos muerto aplastados como gusanos.

—Pues bien—dijo entonces Robinson—. Has de saber, por muy mal que te sepa, que me alegro de

todo corazón lo que acaba de ocurrir.

—¿Te alegras?

—¡Sí! He comprendido claramente que fué la voluntad de Dios la que nos trajo a esta isla. Creí que mis hijos aprenderían a ser hombres aquí y lo iba consiguiendo. Pe-

ro te escuchó y por un momento tu voluntad se impuso. Me persuadiste de que construyera un barco. Ahora puedes ver lo que ha pasado. El castigo de Dios lo ha destruido. Bien. Yo tenía razón. Nunca más volveré a desfallecer.

La lluvia había cesado.

LOS GRANDES EXITOS DE LA TEMPORADA

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2.50 ptas.

MISTERIO EN LA MARISMA	Tony D'Algy
ROSAS DE OTOÑO	M. F. Ladrón de Guevara
LA PATRIA CHICA	Estrellita Castro
LA CHICA DEL GATO	Josita Hernán
UN ENREDO DE FAMILIA	Marcelo Vecino

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2.50 ptas.

UNA MUJER IMPOSIBLE	Jenny Jugo
EL HOMBRE DEL NIGER	Victor Francen
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL	Hugh Sinclair
FRUTO DORADO	Clark Gable
EL SECRETO DEL MARQUES	Armando Falconi
ANDRES HARVEY TENORIO	Mickey Rooney
IRENE	Anna Neagle

LA ARÁÑA VENENOSA

BUENO — dijo Robinson cuando la tempestad hubo cesado y todos pudieron volver a los restos de lo que había sido su casa—. Hemos de volver a empezar con menos de lo que teníamos antes. Quizá teníamos demasiado para empezar y nuestra prueba no era lo suficientemente grande.

—Mándanos, papá — dijeron Ernest, Fritz y Jack a una.

—El Señor es bueno con nosotros —siguió diciendo William—. De nuestro rebaño nos queda un macho y una hembra de cada especie. Se aumentarán y multiplicarán y nosotros construiremos. Adivino en vuestros ojos que estáis ansiosos de ponerlos a trabajar, ¿no es así?

—Sí, papá.

—Pues adelante.

Y otra vez se lanzaron los cuatro hombres a la dura lucha. La casa quedó reconstruida en poco tiempo, pero nunca más se volvió a hablar de reconstruir el barco.

Los tres muchachos se habían ya familiarizado completamente con la selva y Jack ya casi ni se acordaba de lady Angela.

Ernest, llevado de sus gustos refinados, había comenzado a montar una colección de mariposas. Esta afición, que no podía ser más inocente, costó un día un serio disgusto a toda la familia.

Cierta mañana salieron de excursión Ernest y el pequeño Francis. Ernest vió una mariposa muy bonita que, huyendo, fué a caer en una enorme tela de araña. Corrió el mu-

chacho a cogerla, pero en aquel momento sintió un vivo aguijonazo en el cuello. Era la araña que le había picado.

—¿Qué dolor tan vivo!—exclamó Ernest.

Quiso perseguir a la araña causante del daño, pero casi al mismo tiempo le acometió un vivísimo dolor de cabeza.

—¿Qué tienes?—preguntó el pequeño Francis.

—No sé... Me duele mucho la cabeza. Me dan vahidos. Voy a sentarme un rato a ver si me pasa...

Hizolo así y al poco tiempo hubo de tenderse completamente en tierra, donde quedó sin conocimiento.

Francis era demasiado pequeño para darse cuenta de lo que realmente ocurría a su hermano, pero salió corriendo a avisar a sus padres y así que se halló en presencia de William, comenzó a tirarle de los pantalones.

—¿Qué quieres, hijo?

—Francis nos quiere decir algo—exclamó un poco asustada Elizabeth.

—¿Qué quieres, hijo? Diselo a papá.

—Ernest... Ernest...

—¿Qué le habrá ocurrido a Ernest?

—Papá... araña... papá...

—¡Vamos! ¡Vamos corriendo!

—gritó Robinson—. Vamos; guíanos, hijo mío.

Francis echó a correr hacia el lugar donde estaba su hermano. William, Elizabeth, Fritz y Jack salieron en su seguimiento y hallaron al pobre muchacho en tierra y delirando.

William cargó con el chico sobre sus robustos hombros y le llevó corriendo a casa. Succionó la herida y dijo a Elizabeth que preparara unas cataplasmas de hierbas.

—Le ha picado un bicho ponzoñoso y hemos llegado tarde para quitarle todo el mal. Yo he succionado tan fuerte como he podido, pero hacia ya rato que se había producido el accidente y nos va a dar que hacer.

Acometió a Ernest un fuerte acceso de fiebre. Durante horas y horas todo temieron por su vida.

—En Inglaterra no le hubiese ocurrido nunca esto—suspiró tristemente William Robinson.

Era la primera vez que lamentaba haber partido de Londres.

—Los accidentes—dijo entonces Fritz—se producen en todas partes, papá.

—Sí, pero yo os traje aquí.

—Por nuestro bien.

—Así lo creí yo, por lo menos, Fritz.

—Nunca me di cuenta de lo que te quería hasta ahora que te veo en-

fermo — pronunció entonces Jack con tono juicioso—. Debí haberlo portado mejor con él.

El pulso de Ernest se iba debilitando.

—Creo que la crisis se acerca... —murmuró Robinson.

Y levantando los ojos al cielo.

—Señor...—imploró—. ¿En qué os he ofendido?

Y Dios escuchó la plegaria ferviente de William. Al cabo de poco rato la fiebre empezó a disminuir y Ernest fué recuperando lentamente el conocimiento.

Muchos días costó a Ernest la convalecencia. La intoxicación producida por el veneno de la araña le había dejado en un estado de extrema debilidad. Los cuidados de sus padres acabaron por reponerle, con alegría de todos.

—Y ahora, a trabajar otra vez —dijo el muchacho, animoso.

—No, Ernest —dijo entonces Jack—. Tú a posarte y a descansar y a tener mucho cuidado con los peligros de la selva. Ya trabajaremos nosotros por ti.

—¡Qué bueno eres, Jack! —murmuró Ernest.

—¡Y tanto que os peleabais! —observó Elizabeth.

—Cosas de chicos—observó muy juiciosamente Robinson—. Si no se hubieran peleado, ¿con qué se habrían divertido?

—Es verdad, William.

—Bueno, pues ya que tenemos restablecido a Ernest y no tendremos que prodigarle tantos cuidados, veremos de reemprender la tarea. De momento, lo más interesante sería pescar unas cuantas libras de esos simpáticos animalitos de varias clases que viven por estos mares, para confeccionar a nuestro convaleciente una buena sopa.

—Muy bien hablado, papá—dijo Jack—. Allá voy.

Y se encaminó hacia la playa. Pero a los cinco minutos llegó jadeante y emocionado.

—Papá, papá, hermanos...—gritaba—. ¡Un barco! ¡Se acerca un barco! Le he hecho señas y viene hacia aquí...

—¡Santo Dios! —murmuró Elizabeth—. ¡Él ha escuchado mis preces!

Pocos momentos más tarde varios marineros llegaban a la isla en un bote, siendo recibidos por la familia Robinson con el júbilo que puede suponerse. Después de escuchar con gran atención el relato que hizo William del naufragio y del modo cómo habían logrado establecerse en la isla, un viejo lobo de mar

explicó a nuestros protagonistas los sucesos más importantes que se habían desarrollado en Europa desde que éstos arribaron a aquel lugar desconocido. Lo más importante y que llenó de júbilo a William, era la derrota de Napoleón en Waterloo, con lo que Europa quedaba liberada del azote de la guerra.

Al poco rato llegó otro bote a la isla. El capitán en persona venía a ofrecerles pasaje para Inglaterra.

—Napoleón derrotado... Europa en paz...—dijo William—. Entonces ahora Inglaterra será un mundo mejor para vivir.

—¡Estamos salvados, William!—repetía Elizabeth.

—Sí—exclamó Robinson con nostalgia—. Por fin ha llegado el barco. El barco desviado de su ruta... Un día u otro tenía que venir.

—Es una lástima—dijo Jack con sincero acento— tener que dejar esto.

—¿Tenemos que irnos, papá?—preguntó Fritz.

Robinson dudó un momento. Luego, con voz parsimoniosa:

—Vosotros sois hombres ahora. Hay que pensar en matrimonios y en carreras. Vuestra madre y yo esperamos grandes cosas de vosotros. Y estáis preparados para realizarlas. Y en cuanto a vuestra madre, está

más hermosa que nunca. Los salones de Londres volverán a estar a sus pies.

Elizabeth contempló a su marido.

—William; eso quiere decir que te vas a quedar...

—Sí,

—Yo también me quedaré aquí—dijo entonces Ernest—. ¿Lo consentirás, verdad, papá?

—Sí, hijo mío.

—¿Y yo—preguntó Elizabeth, trémula—debo irme?

En vez de contestar a la pregunta, William dijo:

—¿No ha sido ése siempre tu deseo? ¿Querrás llevarte el clavicordio, no?

—¡Sí!—dijo la esposa de Robinson—. ¡Ya puedes hacer el valiente dejándome marchar!

—¿Valiente? ¡Si tú supieras, Elizabeth!...

—¿Y tú crees—dijo entonces ella—que yo me voy a marchar, William? Yo me quedaré contigo siempre!

—Odio pensar que volveré a llevar trajes de etiqueta otra vez—dijo Jack—. ¡Con lo cómodos que resultan éstos de piel!

—Procurad no estar tristes, muchachos—dijo Robinson—. Fritz y Jack partirán y nosotros cuatro nos quedaremos aquí.

—Pero eso significa la separación de la familia—objetó Jack—. ¡Y siempre hemos vivido tan unidos!

—Ya lo sé, hijos míos—dijo William—. Pero el destino de las familias es ése. Ya vendréis con vuestras mujeres y vuestros hijos a visitarnos algún día.

—¿Vendrá una mujer para mí y otra para Francis, algún día?—se atrevió a decir Ernest.

—Sí. Ahora que la isla ha sido descubierta, otros colonos emigra-

rán. Y ahora, Fritz y Jack, no os detengáis. El barco os espera.

—Adiós, papá... Adiós, mamá... Adiós, Ernest. Adiós, Francis...—dijeron los dos muchachos, profundamente emocionados.

Y cuando la lancha en que Fritz y Jack volvían hacia la civilización hubo desaparecido de su vista, Elizabeth, comprendiendo por vez primera a su esposo, le dijo:

—Les has dado una buena lección. Nunca la olvidarán.

FIN

¿Qué es esto?

¿No ha tenido usted noticias de ello?

Pues esta intrigante incógnita

mágica será un fantástico

:: éxito artístico y editorial ::

¡Pronto lo sabrá usted!

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gené Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Háctor Fiermosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kato de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothorn
Maria Ilona	Paula Weissely
Posada jamaica	Charles Laughon
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barchon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones jueces Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Jacques Taveli
El asesino invisible	Leslie Howard
Los dos pillatos	K. Hepburn
Pygmalion	Michael Redgrave
Maria Estuardo	Paul Lukas
Cuidado con lo q. haces	Carlos Gardel
Por la dama y el honor	Elisa Landi
El día que me quieras	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo profiero millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothorn
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jago
El hombre del Níger	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Clark Gable
Fruto dorado	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentino	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligeró	Melvyn Douglas	Antonic Vico	James Stewart
			Charles Boyer

Pedidos a EDITORIAL «ALAS», - Apartado 707, - BARCELONA

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La ruina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Nirio Marchena
Ráptoma usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchl Fresno
Jal-Alal	Inés de Val
¿Quién me compra un bio?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

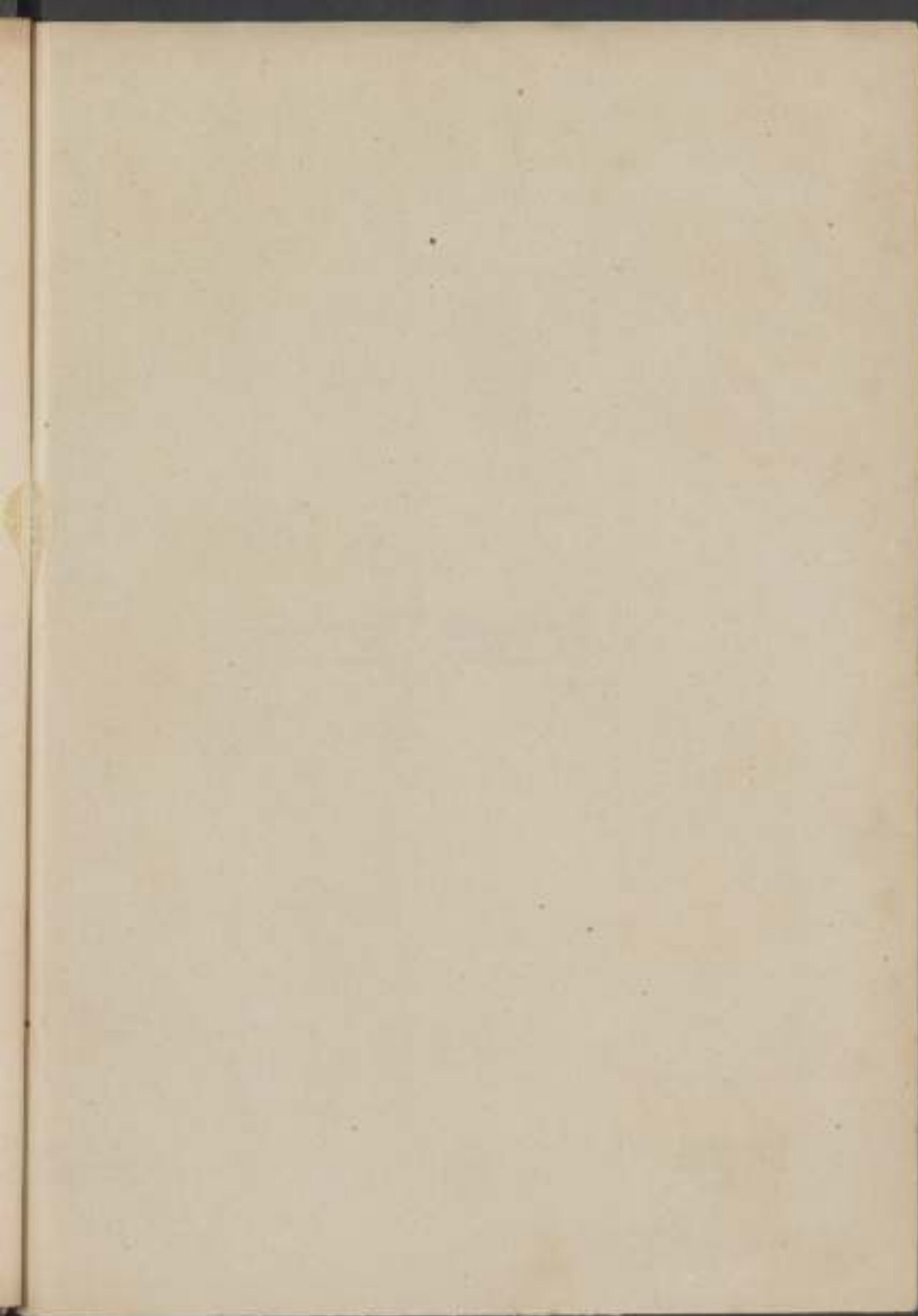
2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonic Vico
Melinos de viento	Pedro Terol
La aluxia de la huerta	Fiora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de errabal	I. Argentina
Misterio en la Mariema	Cony D'Algy
Rosas de otoño	M. F. L. Guevara
La patris chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Josita Hernán
Un anredo de familia	Mercedes Vecino

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrilla	Maruja Tomás
La Petenora	Juan Manfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espolino	Gracia de Triana
Tu llagarás	Roberto Rey





2'50 ptas.

IMPRESA CENTRAL
CALLE 3. 29. - MADRID